

Catolicismos, nacionalismos y comunitarismos en política social. Redes católicas en la creación del Ministerio de Bienestar Social de Argentina (1966-1970)*

Guido Ignacio Giorgi**

Universidad de Buenos Aires / CEIL – CONICET.

Saavedra 15, 4to piso, C.P 1083, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.

ggiorgi@ceilpiette-conicet.gov.ar.

Fortunato Mallimaci***

Universidad de Buenos Aires / CEIL – CONICET.

Saavedra 15, 4to piso, C.P 1083, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.

fmallimaci@ceil-piette.gov.ar.

RESUMEN

El presente artículo se propone estudiar los vínculos entre religión y política en general, y entre diversos grupos católicos y el Estado en particular, analizando la convergencia de distintas corrientes católicas, nacionalistas y comunitaristas durante el gobierno cívico-militar-religioso del Gral. Onganía en la Argentina (1966-1970). Veremos cómo la innovación institucional que constituye la creación del Ministerio de Bienestar Social dio lugar no solo a disputas por el control de los cargos de gobierno, sino también por la definición del rumbo de las políticas sociales.

Recurriremos a la perspectiva de redes para identificar los distintos grupos socio-religiosos en los que estaban insertos los altos funcionarios de dicho gobierno; así como al análisis de documentos oficiales para dar cuenta de las concepciones comunitaristas de los actores.

Esto nos permitirá probar la hipótesis de que el proyecto corporativista de la dictadura de Onganía habría tenido en el Ministerio de Bienestar Social uno de los intentos más claros de crear una sociedad comunitarista.

PALABRAS CLAVES

Redes sociales – política social – nacionalismos – comunitarismos

Catholicisms, nationalisms and communitarianisms in social policy. Catholic networks in the creation of the Ministry of Social Welfare of Argentina (1966-1970)

ABSTRACT

The present paper aims to study the ties between religion and politics, in a general sense, and between varieties of catholic groups and the state, in a specific sense, in order to analyze the convergence of several catholic, nationalist and comunitarist currents in the civilian-military-religious government of Gral. Onganía in Argentina (1966-1970). In this case, the study of

institutional innovation consisting in the creation of a Ministry of Social Welfare would reveal not only contests for the control of the governmental positions but also disputes to define the sense of social policies.

We will utilize social networks approach in order to identify different socio-religious groups in which high-rank government members were linked to. Likewise, we will resort to analysis of official documents to shed some lights on the actors' notions of comunitarism.

In doing so we will be able to assert that the corporative project of Onganía dictatorship had in the Ministry of Social Welfare one of the sharpest attempt to raise a communitarian society.

KEY WORDS

Social networks – Social policy – Nationalisms – Communitarianisms

1. INTRODUCCIÓN

A lo largo del siglo XX, el sistema político argentino se caracterizó por una baja institucionalización democrática, en parte por las constantes interrupciones al orden constitucional, y por otra por culturas políticas renuentes a la institucionalización de las prácticas políticas. Estas son algunas de las causas que convergieron para impedir que se generara la estabilidad necesaria para la consolidación de un sistema político, al menos hasta la vuelta de la democracia en 1983. Una de las consecuencias de esta inestabilidad fue la debilidad de los partidos políticos como estructuras capaces de organizar la socialización política y ordenar la participación en el espacio público de potenciales cuadros militantes; a la vez, surgían instancias alternativas que cumplieron esta función. Entre ellas tuvieron significativo peso distintos espacios del movimiento católico que se abocaron a la formación de cuadros militantes, políticos, culturales; nutrieron diversos think tanks; constituyeron estructuras organizacionales que sirvieron como base para instituciones y experiencias político-partidarias, sea aportando militantes de base como cuadros técnicos y, especialmente, dirigentes, sea una cultura católica con afinidades a las Fuerzas Armadas. A partir de la década de 1930, el dispositivo de catolicismo integral y su universo de instituciones, y sus herederas en las décadas siguientes, surgieron como espacios privilegiados para la militancia política en instituciones con relativa estabilidad.¹ Este proceso ha sido ampliamente estudiado: como parte de la matriz de acción del catolicismo integral, en determinados momentos la burocracia estatal se vuelve porosa para el movimiento católico, y cientos de militantes se incorporan a sus filas reivindicando su identidad católica (Mallimaci, 1992). Este pasaje a la acción política de cuadros católicos se dará en ventanas de oportunidad caracterizadas por crisis de impugnación al sistema político liberal (Donatello, 2011a: 286).

Este proceso puede verse en el golpe de Estado de junio de 1966, momento en el cual se produjo el acceso de cuadros provenientes de distintos vertientes del catolicismo a los más altos cargos de gobierno. Estos cuadros intervendrán en una de las principales decisiones en los primeros meses de la dictadura encabezada por el General Juan Carlos Onganía, consistente en emprender una gran reorganización en el organigrama del Estado Nacional, con miras a la refundación del Estado. Esto incluyó la reformulación de la estructura ministerial, pasando de ocho a cinco

ministerios. En este contexto se crea el Ministerio de Bienestar Social (MBS, de aquí en adelante), innovación en la historia institucional del Estado nacional argentino.

Esta línea de trabajo de investigación del vínculo entre religión y política en general, y entre los catolicismos y el Estado-nación en particular, se propone investigar el fenómeno anteriormente descrito tomando como caso de estudio significativo la creación del Ministerio de Bienestar Social y la confluencia de diversas vertientes del catolicismo en el gobierno de facto del Gral. Onganía. En nuestro caso, prestaremos especial atención a la operación de cristalización de cierta versión del comunitarismo en las estructuras del Estado a partir del acceso de cuadros católicos en la alta función pública del régimen.²

El artículo se dividirá en dos secciones. En una primera sección, describiremos en qué consistió la reforma de ministerios que realizó el gobierno de Onganía en 1966, y cómo fue la distribución de cargos ministeriales; esto nos permitirá distinguir distintas redes del movimiento católico que participan de dicho gobierno, argumentando la imposibilidad de englobarlos bajo etiquetas generalizadoras.³ En la segunda sección, repasaremos la organización interna del Ministerio de Bienestar Social y el perfil de sus altos funcionarios, en particular, los de la Secretaria de Promoción y Asistencia de la Comunidad (SEPAC), dando cuenta de la orientación de la política pública que era de su competencia. Aquí intentaremos demostrar que la creación de la SEPAC en el seno del Ministerio de Bienestar Social de la Nación fue uno de los intentos más claros de llevar adelante el tipo particular de proyecto corporativista por parte de Onganía, motorizado por cuadros católicos de distintos perfiles.

2. LA ERA DE LAS REVOLUCIONES

A lo largo de la década de 1960 se fue consolidando en vastos sectores políticos, intelectuales, militares, sindicales, entre otros, un mismo diagnóstico: el sistema liberal de partidos vigente ya no cumplía la función de canalizar las disputas políticas. Pocos eran los actores que apostaban a la continuidad del sistema democrático.⁴ En vísperas del golpe de Estado de junio de 1966 la política como actividad y como mecanismo de canalización de las demandas sociales estaba profundamente desprestigiada (Ollier, 2005).

El desprestigio de la política era resultado directo de lo que Guillermo O'Donnell (1972) caracterizó como “un juego imposible”: desde el derrocamiento del gobierno de Juan Domingo Perón en septiembre de 1955 y su proscripción a participar en el juego institucional argentino, hasta junio de 1966, los actores políticos enfrentaron el gran desafío de incorporar al electorado peronista al sistema político institucional. Uno tras otro, los sucesivos gobiernos ensayaron diversas fórmulas, todas fracasarán en correr a Perón del rol de gran elector nacional desde el exilio. Esto configuró un escenario de crisis de hegemonía en el que ningún actor lograba imponer su dominación sobre el otro, un virtual “empate hegemónico” (Portantiero, 1977). Hacia 1966, se había instalado la sensación generalizada que ya ninguno de los actores políticos era capaz de imponer exitoso un sistema de dominación política (O'Donnell, 1977), derivando en el abandono de las soluciones que podía ofrecer el sistema de partidos (Smulovitz, 1991). La caída del gobierno de Arturo Illia significa el fracaso no de un gobierno, sino de la totalidad del sistema de representación liberal (Portantiero, 1977). En este proceso, el rol de los medios masivos de comunicación no puede ser minimizado en la creación tanto del clima golpista como en la construcción de un consenso alternativo que propugnaba por la reformulación de los principios mismos de legitimidad del poder político, fundamentando la necesidad de un nuevo orden

(Taroncher, 2006; Smulovitz, 1993).

De esta manera, el descrédito hacia el sistema liberal instaurado por la Constitución Nacional de 1853 comprendía a la casi totalidad del arco político, desde sectores tradicionalistas del nacionalismo católico, hasta la nueva izquierda argentina (Terán, 1991). Algunos de estos grupos entendieron que la única salida era revolucionaria, y concibieron proyectos de transformación radical de la sociedad argentina, algunos imaginando una “patria socialista”, y otros una sociedad de corte tradicionalista organizada en corporaciones.

En este clima efervescente es que debe comprenderse el golpe de Estado de junio de 1966. Desde el comienzo, las nuevas autoridades impondrán el grandilocuente mote de “Revolución Argentina” para denominar el proceso que ellos iniciaren. De hecho, formaba parte del imaginario del nuevo gobierno el emprender una refundación de la Argentina, y para lograrlo una reconstrucción del Estado, como se desprende de discursos oficiales y del Acta de la Revolución, documento fundacional de los golpistas. Para ello, las nuevas autoridades de facto se manejan en un horizonte temporal indefinido para la vuelta a la democracia, de la indefinición de un plazo para la vuelta a la democracia, y deciden poner en suspenso la política partidaria (entendida como el sistema liberal de partidos), bajo la convicción tecnocrática de que al reemplazarla por la “política de la administración” pondrían fin a la crisis estructural de la economía, la sociedad y el sistema político. Esta idea ha trascendido como la tesis de los tres tiempos sucesivos: económico, social, político. Según Liliana de Riz: “la acción directa y la represión sustituyeron a la política, y la administración quedó confinada a la institucionalización de ‘mecanismos de asesoramiento’” (De Riz, 2000: 186). Además de suspender los mecanismos de representación democrática, recurrir a la persecución y represión de la disidencia interna, se buscó tejer nuevos consensos societales apelando al rechazo hacia la política presente en amplios sectores sociales. La obturación de la práctica política partidaria en estos años ha sido señalada como uno de los tantos factores que explican el surgimiento de organizaciones armadas.

Sin embargo, junto con la cara represiva al interior del nuevo gobierno pugnaban distintos proyectos de país que intentarían poner en marcha. Aldo Ferrer ha sostenido que la Revolución Argentina implicó un cambio de actitud política en las Fuerzas Armadas.⁵ En los anteriores golpes de Estado, éstas habían concebido la toma del poder como una transición hasta la asunción de otro gobierno civil. Sin embargo, en junio de 1966 “al asumir plenamente el poder por un período indeterminado, las autoridades militares debieron definir el rumbo del Estado en todos los niveles: educación, cultura, relaciones exteriores, política social y, ‘last but not least’, en la economía” (Ferrer, 1981: 56). Los militares que lideraron el golpe de Estado de 1966 habían sido los triunfadores de una serie de conflictos al interior de las Fuerzas Armadas, cuyo episodio más grave fue una serie de escaramuzas armadas en plena Buenos Aires en 1962.⁶ El bando triunfador, conocido como Azules, era comandado por Juan Carlos Onganía, y se caracterizaba por una defensa del régimen constitucional y una visión profesionalista del rol de la Fuerzas Armadas.⁷ La pretensión profesionalista de la conducción militar, combinado con la poca capacitación de los militares para la gestión pública, llevó a que se recurriera para ocupar los cargos de gobierno a civiles supuestamente “técnicos” y “apolíticos”. Las Fuerzas Armadas se pensaban en el papel de respaldo a la Revolución Argentina, tutelando al gobierno “desde arriba” pero no directamente (O’Donnell, 1982: 86-87). Entre 1966 y 1970, solo uno de los diecisiete ministros de la Nación era militar; además, ninguno ocupó antes o después cargo electivo alguno a nivel nacional. En general, los militares ocuparon cargos no ejecutivos, vinculados a los organismos de planificación.⁸

En la decisión de delegar en civiles la gestión de lo público también debe considerarse el consenso generalizado que existía en el credo desarrollista, tan extendido en las décadas de 1960. Desde gobiernos democráticos como el de Arturo Frondizi (1958-1962) y gobiernos dictatoriales como los de la Revolución Argentina, la idea rectora que se había impuesto a casi todos los actores políticos, económicos, académicos, etc. era la de Modernización y Desarrollo Industrial y Urbano del país. Esto dará lugar a diversas fórmulas que conjugaban desarrollo del sistema productivo, de las instituciones políticas, de la promoción social y modernización cultural. En función de la tema del Desarrollo es que desde fines de la década de 1950 irá cobrando mayor relevancia pública una capa de cuadros expertos tecnócratas – “burguesía gerencial”, según Portantiero (1977: 539)– que se proyectarán al Estado desde 1962 y que estarán muy presentes en la Revolución Argentina (Portantiero, 1977). El proceso abierto en junio de 1966 debe pensarse como variante autoritaria del desarrollismo, que se expresaría en cierto énfasis tecnocrático y en la jerarquización de organismos dedicados a la planificación, como los consejos nacionales de Desarrollo, de Seguridad y de Investigaciones Científicas y Tecnológicas. En estos tecnoburócratas tendrá una fuerte presencia un conjunto de cuadros católicos, algunos de los cuales ocuparán cargos en el MBS.⁹ En función del credo desarrollista, las distintas dependencias estatales impulsaron políticas públicas activas que respondían a modelos de país en pugna. Los dos más importantes eran el liberal y el corporativista, al interior del cual se presentaban heterogeneidades ancladas tanto en lo ideológico como en los grupos que las promocionaban. Las políticas de tipo comunitaristas a las que se abocará la SEPAC son uno de los intentos más claros de concretar una concepción corporativista y autoritaria de la sociedad.¹⁰

Una de las características del nuevo gobierno de facto será la centralidad del componente católico presente en la participación en actos públicos de altos jerarcas de la Iglesia Católica, en los discursos de los funcionarios, y en ciertas medidas orientadoras de la política pública.

En efecto, los nuevos gobernantes recurren constantemente al imaginario religioso de la Argentina católica como *ultima ratio* de su accionar. El documento de presentación del nuevo gobierno de facto, el Acta de la Revolución Argentina –difundida en los primeros días de consumado el golpe– caracteriza la situación del país: anarquía, falta de autoridad, descomposición y “sutil y agresiva penetración marxista”. En este escenario, las Fuerzas Armadas, como en otros momentos de la historia, se habrían visto obligadas a intervenir para “salvar a la República y encauzarla definitivamente por el camino de su grandeza”, la cual “le corresponde por la inteligencia y el valor humano de sus habitantes y las riquezas que la Providencia depositó”. En uno de sus anexos, los objetivos políticos cobran una dimensión eminentemente religiosa, ya que apuntan a “afianzar nuestra tradición espiritual inspirada en los ideales de libertad y dignidad de la persona humana, que son patrimonio de la civilización occidental y cristiana”. En otro de los documentos, el Mensaje de la Junta Revolucionaria al Pueblo Argentino apela a la tradición cristiana como el elemento en torno al cual construir una única identidad nacional, y se invoca “la protección de Dios [para que] iniciemos todos juntos la marcha hacia el encuentro del gran destino argentino. Que así sea.”.¹¹

Esta invocación a los valores del mito de la Nación católica tiene su correlato en un estrechísimo vínculo que entablarán, a nivel institucional, gobierno e Iglesia católica. En un contexto de creciente inestabilidad interna de la Iglesia argentina, por la división entre la jerarquía y los cuadros medios del clero (Ghio, 2007: 174), el golpe de 1966 fomentará la politización entre sus filas. Al mismo tiempo que se desarrollaban expresiones contestatarias entre el clero y el laicado, en gran parte al amparo del Concilio Vaticano II, altos jerarcas de la Iglesia consolidaban “una

extraordinaria influencia en el plano político” entre los golpistas (Di Stefano y Zanatta, 2000: 514). De esta manera, Monseñor Antonio Caggiano, Cardenal de Buenos Aires, acompañaba al dictador Onganía en casi todos los actos públicos. En términos de políticas públicas en el área Culto, la más relevante es la concreción del Concordato en octubre de 1966 –aunque su redacción venía de las gestiones radicales–, mediante el cual el Estado argentino renuncia a intervenir en el nombramiento de los obispos. El gobierno argentino valorará tanto el rol de Caggiano que presionará al Vaticano para que permaneciera frente al Arzobispado de Buenos Aires (Ghio, 2007; Di Stefano y Zanatta, 2000). El proceso militar encabezado por el Gral. Onganía puede, entonces, caracterizarse como un golpe cívico-militar-religioso, en especial católico, fruto del proceso de catolización y militarización del Estado y la sociedad comenzado en la década de 1930 y profundizado con el golpe de 1955.

Sin embargo, dentro de esta búsqueda de legitimidad en el imaginario religioso católico, y por fuera de la institución eclesial, encontraremos distintos tipos de catolicismos que, entre otros escenarios, se hará visible en los cuadros que se harán cargo de las más altas posiciones en el Estado. En particular, el Ministerio de Bienestar Social será un ejemplo de esto.

El misterio de los ministerios: el Estado según el nuevo Régimen

Dispuestos a conducir el país por varias décadas, las nuevas autoridades dedican los primeros meses de su gobierno a diseñar un Estado acorde a su propuesta.

Hasta ese momento, la estructura del gabinete nacional estaba regida por la Constitución reformada de 1898, la cual establecía un tope de ocho ministerios. Si bien la reforma constitucional de 1949 había eliminado ese tope (en septiembre de 1955 existían 17 carteras ministeriales, con un máximo de 20 ministerios en 1949), tras el derrocamiento de Perón en 1955 una convención constituyente restauró el texto de 1898. Al momento del derrocamiento del gobierno democrático del radical Arturo Illia, el gabinete contaba con ocho ministerios y nueve secretarías de Estado. La suspensión de la Constitución dio carta blanca a las nuevas autoridades de facto para diseñar un Estado a su voluntad.

En el Acta de la Revolución Argentina se nombraban seis áreas en las cuales organizar la acción de gobierno (interior, exterior, economía, laboral, bienestar social, seguridad), mientras que la prensa especulaba con que solo quedarían cuatro ministerios: Interior, Defensa, Relaciones Exteriores y Economía.¹² Finalmente, el misterio de los ministerios se devela en septiembre de 1966: cinco ministerios (Interior, Exterior, Economía y Trabajo, Defensa, y Bienestar Social) con dieciocho secretarías de Estado, y dos organismos de coordinación.¹³

La nueva estructura de gabinete correspondía, entonces, a la delimitación de ámbitos prioritarios establecida desde el comienzo por el nuevo gobierno. Sobre el MBS, la misma nota aclara que “su competencia radicará específicamente en la promoción y protección de los integrantes del cuerpo social de la Nación, sean estos individuos, familias o comunidades”.

El nuevo esquema ministerial quedará sancionado legalmente por el decreto-ley 16.956 del 23 de setiembre de 1966, que en el artículo 32 refiere al MBS:

Competen al Ministerio de Bienestar Social lo inherente a la promoción de la familia y de los recursos humanos con la asistencia a los estados de necesidad individuales y colectivos, el mejoramiento de los servicios sociales, el mayor bienestar social de la población y la promoción de la acción comunitaria que permita satisfacer las necesidades de bienestar. Coordina las secretarías

de Estado de Promoción y Asistencia de la Comunidad, de Seguridad Social, de Salud Pública y de Vivienda, con respecto a las cuales tiene la supervisión general.

La creación del MBS será una de las innovaciones de esta reforma del Estado, que como vemos en la anterior cita amerita una justificación especial, lo que no sucede con las otras cuatro carteras cuya razón de ser se da por sobreentendida. Salvo el MBS, todas las carteras poseían antecedentes en configuraciones ministeriales de gobiernos anteriores.

En el caso del MBS, se conforma sobre la base del antiguo Ministerio de Asistencia Social y Salud Pública, del cual heredará las competencias y la estructura burocrática.¹⁴ A estas se le suman las áreas de seguridad social (antes, en el Ministerio de Trabajo y Seguridad Social) y de vivienda (antes, en la Secretaría de Planeamiento y Vivienda, Ministerio de Obras y Servicios Públicos). De esta manera, el flamante MBS contará con tres secretarías preexistentes (Salud, Vivienda, Seguridad Social) y una cuarta nueva área, la Secretaría de Estado de Promoción y Asistencia de la Comunidad (de ahora en más, SEPAC). Estas serán las competencias básicas, a las que se agregarán Turismo, que constituyen a la política social como categoría de intervención pública específica hasta 1981.¹⁵

Como argumentaremos más adelante, la creación de esta secretaría puede ser considerada como una de las puntas de lanza del proyecto comunitarista que constituía el núcleo del imaginario corporativista de matriz nacional-católica que se imponía al régimen encabezado por Onganía. Esto se apoya en el perfil de los sucesivos cuadros católicos que estarán al frente de la SEPAC entre 1966 y 1970, la relevancia que Onganía le otorgará en los meses iniciales de su gobierno, y la confluencia de discursos en torno a la noción de comunidad.

Un dato significativo que va en este sentido es que diez días antes del anuncio del nuevo esquema ministerial, se decide la creación de un MBS en el ámbito del gobierno de la provincia de Buenos Aires. A diferencia del MBS de Nación, el de Provincia no contó con una oficina análoga a la SEPAC. De esta manera, cobre relevancia por su singularidad la asociación a nivel nacional entre el proyecto corporativista de sociedad encarnado en la SEPAC y la presencia de distintos cuadros católicos al frente de dicha dependencia.

3. LA DISTRIBUCIÓN DEL PODER MINISTERIAL: LOS NOMBRAMIENTOS DE ONGANÍA

Como ya mencionamos, el gobierno de la Revolución Argentina convocó a civiles para conformar los elencos gubernamentales. Según la clásica lectura de Guillermo O'Donnell, el control de la economía fue entregado a sectores liberales, mientras que el área política fue encargada a grupos nacionalistas, o paternalistas (O'Donnell, 1982). Esto es lo que Altamirano denomina *las dos almas de la Revolución Argentina*, destacando la presencia de “social-cristianos y tecnócratas de variado origen a los que unía el credo común del desarrollo” (Altamirano, 2001: 81).

Una mirada más profunda permite encontrar en diversos estratos del gobierno de Onganía a individuos con heterogéneas trayectorias en espacios del movimiento católico (Rouquie, 1981: 259-261). Más exactamente, podemos distinguir dos grandes vertientes identificadas con el imaginario católico dentro de lo que O'Donnell denomina “nacionalistas”. En general la literatura sobre el Onganiato no las ha diferenciado. Pero sucede que en la oposición liberales-nacionalistas católicos se pierde la riqueza al interior de cada categoría. En este caso, nuestro interés yace en

observar con detenimiento los diferentes grupos católicos. Esto es, aquellos que explícitamente se identificaban públicamente con el catolicismo.

Aquí es importante señalar que nuestro recorte remite a aquellos individuos o grupos que apelan públicamente a lo religioso como parte de su repertorio discursivo –sean liberales, nacionalistas, democristianos, peronistas, desarrollistas o militaristas– pero no significa que lo religioso no esté presente en otros grupos aparentemente secularizados. Algunos de los principales referentes del liberalismo económico de la época, como Álvaro Alsogaray, Adalbert Krieger Vasena o José Alfredo Martínez de Hoz eran católicos practicantes, pero no adscribían al catolicismo integral. Este perfil de católicos, que podemos llamar *católicos liberales*, practica una suerte de catolicismo de la vida privada mucho más extendido de lo que se piensa, pero a la vez más escurridizo para la mirada del investigador social.

Ahora bien, aquí polemizaremos con aquellas investigaciones de tinte periodístico que sostienen que los Cursillos de Cristiandad tuvieron un papel clave en el proceso de construcción de una homogeneidad ideológica al interior de ciertos grupos empresariales y de las Fuerzas Armadas. En particular, Rogelio García Lupo (1985) ha sido el autor de la interpretación más extendida al respecto. De acuerdo a esta, el golpe de 1966 habría sido impulsado casi exclusivamente por un “partido secreto católico”, un foco de poder oculto que habría controlado al nuevo gobierno. Esta estaría compuesta por la Cité Catholique, los Cursillos de Cristiandad, la revista Verbe y la Obra de Cooperadores Parroquiales de Cristo Rey, entre otras organizaciones.

Frente a esta lectura, en los últimos años han aparecido una serie de trabajos que, sustentadas en sólidas investigaciones empíricas, han contribuido enormemente al conocimiento más profundo de estos grupos católicos de los años 1960 y 1970. Así, contamos con trabajos que estudian en detalle la Ciudad Católica y la Revista Verbo (Scirica 2006, 2007, 2010), el rol jugado por estos grupos en la circulación de personas y de ideas y técnicas represivas entre militares franceses y argentinos (Ranaletti, 2005, 2010), así como la presencia de lo religioso en las elites empresarias (Donatello, 2011b).

A la luz de estos trabajos, la hipótesis del “partido secreto católico” no logra distinguir las diferencias al interior de estos grupos, asumiendo una unidad de acción por el solo hecho de compartir una autoinscripción religiosa, lectura que puede ser adjudicada a cierta mirada conspirativista característica de la obra de García Lupo.¹⁶ Por el contrario, es necesario revisar la heterogeneidad de vertientes de las que provenían los altos funcionarios del gobierno del Gral. Onganía. En particular, nos centraremos en las que aparecen como las más importantes: el Ateneo de la República, la Ciudad Católica, los Cursillos de Cristiandad y múltiples grupos y personas provenientes de la Democracia Cristiana, ignorados por la mayoría de los investigadores. Si bien varias figuras importantes del Onganiato participaron de más de uno de estos espacios de sociabilidad, no es correcto confundirlos, ya que diferían tanto en su organización como en su proyecto político. Por esta misma razón tampoco se los puede pensar como partes de una misma red “católica”, sino como grupos autónomos con núcleos duros organizativos e ideológicos. Así, en el control de cargos de gabinete los ateneístas reemplazarán a los vinculados con la Ciudad Católica. Esta sucesión, si bien no implica un enfrentamiento entre ambas fracciones, puede ser leída como el fracaso de los grupos católicos más tradicionalistas e intransigentes, y la imposición de un catolicismo moderno y más permeable a entablar diálogos y concesiones frente al liberalismo.

Los Cursillos de Cristiandad

Respecto a los Cursillos de Cristiandad, su importancia en la gestación del golpe de 1966 debe ser relativizada, en particular por la propia historia de los Cursillos.

Los Cursillos de Cristiandad son espacios que pretenden organizar la vida cotidiana a partir de una densa sociabilidad religiosa, una forma de organización de fieles cristianos. Consistían en retiros espirituales seguidos de la conformación de pequeños grupos de estudio, oración y acción, que en la Ciudad de Buenos Aires solían organizarse en torno a la comunidad parroquial. Los Cursillos constituyen a nivel capilar un entramado de relaciones sociales relativamente cerrado. Con una intensa moral de conducta cristiana como guía, se generaban redes sobre las que se consolidaba la confianza interpersonal que Mark Granovetter señala como la base del lazo social fuerte (Granovetter, 1973). En particular, los Cursillos solían constituir un circuito de sociabilidad que incluía la escuela confesional, la parroquia y las salidas a misionar; allí estaba contenida parte importante de la cotidianeidad de mujeres, niños y adolescentes, con organizaciones especializadas para estos dos últimos (Caminos y Jornadas). Entre los cursillistas, los militares y empresarios tenían gran presencia.¹⁷

El objetivo de los Cursillos era crear núcleos de cristianos, tomando como modelo las antiguas comunidades cristianas. De esta manera, se apuntaba a “vertebrar cristiandad”, organizando la vida al servicio de lo divino; penetrando de Evangelio los ambientes y fermentándolos evangélicamente. Crear un cristianismo vivo y operante, con una Iglesia organizada en comunidades de base.

Ahora bien, nacidos en 1949 en Mallorca, España, en la Argentina el movimiento se había iniciado en 1958 sin éxitos. Un nuevo intento se haría en 1962 en la Diócesis de Tucumán, sobre la base de grupos de la Acción Católica (Movimiento de Cursillos de Cristiandad de Argentina, s/n). Recién en marzo de 1966 tendrá lugar el primer cursillo en la Arquidiócesis de Buenos Aires, en la estancia La Montonera (AICA, 23/03/2006). Habría sido en los retiros organizados entre marzo y junio de 1966 donde se ultimaron los detalles del golpe (García Lupo, 1984; Anguita y Caparrós, 1997: 57). Esto es muy factible, ya que entre los cursillistas de La Montonera estaban, además de Onganía, Alejandro Agustín Lanusse, a la sazón jefe del III Cuerpo de Ejército y desde 1968 el hombre que controlará los hilos de la Revolución Argentina hasta llegar a la presidencia de facto en 1971; también, participarán los futuros ministros del régimen Néstor Jorge Salimei, y Enrique Martínez Paz.

Sin embargo, el dato que el primer Cursillo en Buenos Aires fuera en fecha tan próxima al golpe de Estado dejaría poco margen como para imputarles un peso específico en la generación de una homogeneidad ideológica, o de una solidaridad grupal estrecha. Si bien nos manejamos en el terreno de lo hipotético, nos inclinamos a considerarlos como un espacio de convergencia de sociabilidades preexistentes. La presencia de Lanusse, Onganía, Salimei y Martínez Paz entre otros, en el retiro espiritual de La Montonera debe ser pensada como la confluencia de otro tipo de sociabilidades: el vínculo entre estos individuos no se generó allí, sino que sería preexistente.¹⁸ Ahora bien, esto no significa que los Cursillos pierdan su importancia en el análisis histórico; por el contrario, una historia sociológica de los Cursillos (que todavía no se ha escrito) debe dar cuenta de la capacidad que estos tuvieron hacia fines de los años sesentas y setentas para convertirse en espacios integrales de sociabilidad que darían lugar a cierto microclima tradicionalista, autoritario y fuertemente católico, propio del entramado social en el que vivirían gran parte de los miembros de las sucesivas dictaduras de Onganía, Lanusse y Videla. Si los

Cursillos cumplieron un rol de formación ideológica, lo hicieron sobre grupos que ya estaban en el poder. Esto marca una diferencia de status sociológico –en el sentido de funcionamiento del lazo social– respecto de las otras dos redes sobre las que nos referiremos a continuación.

Ciudad Católica - Verbo

Si los Cursillos eran un espacio de sociabilidad densa, la Ciudad Católica puede bien considerarse un think tank tradicionalista de “la contrarrevolución”, que habían ligado estrechamente su fe a una ideología política. La Ciudad Católica era la filial argentina de la organización Cité Catholique, creada en 1946 por el francés Jean Ousset. Con un pasado como secretario de Charles Maurras en la Action Française, Ousset creará la Cité Catholique como escuela de cuadros católicos abocados a la contrarrevolución, figura que se remonta hasta 1789 pero que toma la forma de lucha contra el comunismo a partir de 1917. El imaginario de la Ciudad Católica, al igual que otras ideologías, coloca a la familia como pivote central (si para el liberalismo el modelo de familia era aquella burguesa de padre, madre y pocos hijos con la base en el individuo, la familia católica estaba compuesta de varias generaciones, comprende numerosos hijos y la base es la comunidad y la vida asociativa); defiende a la propiedad privada; el poder debe estar descentralizado, distribuido entre comunidades intermedias y cuerpos profesionales, y solo reserva al Estado el papel de agente del orden y de la unidad. El órgano de difusión será la revista Verbe. La Cité Catholique tendrá una fuerte ascendiente sobre algunas unidades del Ejército francés en Indochina y luego en Argelia, y en particular sobre la Organisation de l'Armée Secrète (OAS), pero también sobre las grandes escuelas francesas (Robin, 2005: 207-213).

En la Argentina, la Ciudad Católica se constituye en 1959 (Scirica, 2010: 33).¹⁹ En rigor, sigue los mismos lineamientos ideológicos y organizativos que su casa matriz francesa: un fuerte trabajo de difusión en ciertos sectores empresariales y militares de un conjunto acotado de ideas fuerza. El núcleo doctrinal de la Ciudad Católica era –al igual que al inicio de la Acción Católica– el reinado social del Cristo, a partir de una singular interpretación de la encíclica *Quas Primas* de Pío XI. Es interesante notar que la Ciudad Católica se colocará en un espacio liminar frente al Concilio Vaticano II: si bien lo rechaza, nunca lo hace de manera abierta para evitar colocarse por fuera de la Iglesia y de la autoridad del Papa. Esto es demostrativo de las múltiples negociaciones que deben realizar todos los grupos católicos para permanecer dentro del espacio legítimo. De esta manera, solo citarán documentos eclesiales anteriores al Concilio. En particular, la doctrina social de la Iglesia tal como la formulase Pío XII (más adelante desarrollaremos esto al ver el pensamiento de Roberto Gorostiaga). La fuerte vocación de penetración en las Fuerzas Armadas será exitosa, ya que algunos de los principales jefes del Ejército Argentino, como los generales Eduardo Señorans, Eduardo Conesa y Francisco Ímaz, adherirán a la cosmovisión político-religiosa de la Ciudad Católica. La Ciudad Católica organizaba cursos de formación para militares, en los que cumplía un papel central el padre George Grasset, cuya trayectoria vertebró la historia del tradicionalismo católico. En particular, la Ciudad Católica habría tenido un rol fundamental aportando un componente ético-religioso al proceso de circulación de saberes e individuos a través del cual los militares franceses habrían transmitido a los argentinos las bases teóricas, metodológicas y semánticas de la nueva forma de guerra “contrarrevolucionaria” aprendidas en Indochina (Mazzei, 2002; Robin, 2005). Imbricado en esta red militar, el tradicionalismo católico sirvió de sostén ético en la transmisión del terror.

La homónima versión argentina de la revista Verbe (Verbo) reproducirá casi todos los artículos de su original francesa, que antes eran traducidos por la Ciudad Católica española. La revista Verbo apuntaba al adoctrinamiento de los militares, en particular los sectores nacionalistas del Ejército (mayoritarios entre el bando Azul liderado por Onganía) y la Fuerza Aérea. Roberto Gorostiaga será su director desde 1959 hasta 1966, cuando asume como secretario de Estado de Promoción y Asistencia de la Comunidad. El titular de dicho ministerio, Roberto Petracca, estará vinculado a la Ciudad Católica (Selser, 1973), al igual que el coronel Juan Francisco Guevara, nombrado en los primeros días del régimen de Onganía en el cargo de embajador en Venezuela, fundador de Ciudad Católica y uno de los principales puentes con las fuerzas armadas. En 1963, Guevara será el traductor de uno de los libros de mayor impacto de Ousset, El Marxismo-Leninismo, que llevará un prólogo de Antonio Caggiano, arzobispo de Buenos Aires y vicario castrense que prestará su apoyo a esta red. La editorial que lo publica es ICTION, que contará entre su catálogo libros de Jean Ousset, de Mons. Marcel Lefebvre, de Louis Salleron, entre otros. Esto es, el núcleo fundador ideológico del que Ciudad Católica y Verbo eran extensión. Probablemente, ICTION haya sido parte del dispositivo tradicionalista de la Ciudad Católica.

El Ateneo de la República

En 1962 se crea en la Ciudad de Buenos Aires el Ateneo de la República, un club político que aglutinaba a antiguos nacionalistas católicos, que hacia la década de 1960 compartían en términos generales el proyecto modernizador en lo económico de la ideología Desarrollista. Eran católicos, sí, pero a diferencia de La Ciudad Católica no poseían una homogeneidad ideológica: su discurso estaba mucho más secularizado y ciertamente más moderado en el terreno tanto político como religioso, en comparación a la Ciudad Católica como al propio pasado de los ateneístas.

En los hechos, el Ateneo funcionaba como una red de sociabilidad política y cultural, un lugar de circulación de empresarios, intelectuales, funcionarios públicos, etc. El núcleo fundador del Ateneo eran antiguos nacionalistas formados en la década de 1930, que habían participado activamente de distintos espacios del dispositivo del catolicismo integral, en particular de los Cursos de Cultura Católica.²⁰ Según el testimonio de uno de sus miembros, el Ateneo pretendía en cierto sentido rescatar el espíritu de los Cursos de Cultura Católica, pero con una clara preocupación por la política nacional. En sus estatutos, el Ateneo se proponía entre otras cosas “realizar toda clase de actividades culturales especialmente aquellas que tiendan a completar la formación intelectual y moral de la juventud conforme a la tradición nacional y los principios católicos que la informan”.²¹ Su principal animador era Mario Amadeo, que había convocado a sus amistades y conocidos.²² El núcleo duro del Ateneo no superaba la veintena de miembros. La dinámica consistía en una reunión semanal, con una disertación por parte de un invitado, experto en diversas temáticas, y una segunda reunión semanal, sin agenda fija, en la que se debatían temas de actualidad política.

Como mencionamos, el Ateneo no era un espacio ideológicamente homogéneo. En particular, estos católicos integrales de las décadas de 1930 y 1940 habían moderado sus posiciones. Durante las décadas de 1930, 1940 y 1950 eran católicos integrales, que habían convertido su fe en ideología política, autoritarios y algunos cercanos a posiciones fascistas, pero que hacia mediados de la década de 1950 comenzarán a moderar sus posiciones, acercándose al perfil del nacionalista católico en el que la política se coloca en primer plano, se piensa y actúa políticamente (Mallimaci, 2011: 140). Así, en 1957 algunos habían participado de la fugaz

experiencia partidaria de la Unión Federal Demócrata Cristiana, y otros del Partido Demócrata Cristiano, ambas formas de participar en el sistema liberal de partidos, algo inconcebible unas décadas atrás. Desde 1958, habían establecido una suerte de alianza con el frondizismo, lo que los desacreditó frente a otros grupos nacionalistas, que acusaban de comunista al presidente Arturo Frondizi. Mario Amadeo, Ángel Centeno, Oscar Puiggrós y Santiago de Estrada padre ocuparon cargos en dicho gobierno y en el siguiente, de José María Guido. Un asiduo partícipe de las tertulias del Ateneo de la República los describe como nacionalistas aggiornados: adherían a un imaginario nacionalista, tenían una admiración por el franquismo, pero habían reformulado el vínculo entre fe católica e ideología política, y aceptaban ciertas reglas de juego democrático liberal. Sin embargo, continuaban seducidos por la llegada al Estado por “cualquier camino”.

El Ateneo de la República será considerado por varios actores de la época como uno de los principales grupos de presión dentro de la coalición que constituía el Onganiato (Selser, 1973; ver también la editorial del diario La Nación del 1/4/1967, p. 6).

Ahora bien, el peso real del Ateneo no reside solamente en su núcleo duro –los cuadros notables que participan de las reuniones semanales– sino en el haz de redes que logra articular y que allí confluyen. El Ateneo funciona como convergente de otras redes, en virtud de la multiposicionalidad de sus miembros que participan en otros espacios. En el ámbito académico, es fuerte su presencia en las universidades Católica Argentina y del Salvador, y en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la UBA. Junto a ellas, convergerán allí redes menores como la del Instituto Cultural Argentino Norteamericano (ICANA).²³ Este centro gestionaba el programa *Eisenhower Fellowship*, orientado a la identificación y formación de líderes. En particular, encontramos varios fellow en la alta gestión pública del Onganiato: José Luis de Ímaz, Alberto Mondet, Ernesto Lanusse, Conrado Etchebarne, Adolfo Critto, Conrado Bauer, Julio Álvarez.²⁴ Entonces, cuando hablemos de ateneístas incluimos individuos cercanos o afines al Ateneo.²⁵

La participación de los ateneístas en el gabinete de Onganía irá de menor a mayor. Si en octubre de 1966 eran un puñado (Nicanor Costa Méndez, Mario Díaz Colodrero, Pedro Real, etc.), cuatro meses después –febrero de 1967– entre las primeras filas de gobierno se contaban cerca de quince ateneístas: Guillermo Borda, ministro del Interior; Mario Díaz Colodrero, secretario de Gobierno; E. Pueyrredón, subsecretario del Interior; Enrique Pearson, subsecretario de Gobierno; Nicanor Costa Méndez, Ministro de relaciones exteriores y culto; Jorge Mazzinghi, subsecretario de relaciones exteriores; Raúl Puigbó, Secretario de promoción y asistencia de la comunidad; Samuel Medrano, Secretario de Seguridad Social; Santiago M. de Estrada, Subsecretario de Seguridad Social; Pedro Real, presidente del BCRA; Mariano Astigueta, secretario de Educación; Gastón Terán Etchecopar, subsecretario de cultura; Héctor Obligado, titular de la Dirección Nacional de Migraciones; Máximo Etchecopar, Director del Instituto del Servicio Exterior de la Nación; Mario Amadeo, Embajador argentino en Brasil; Eduardo Roca, Embajador argentino en la OEA; Basilio Serrano, delegado ante el GATT.

Entonces, para resumir, tenemos un club político formado por antiguos nacionalistas católicos aggiornados al desarrollismo que funciona como red de sociabilidades menores de abogados, académicos y diplomáticos (Ateneo de la República), un think tank tradicionalista de funcionamiento cerrado con fuerte penetración en sectores del Ejército Argentino (la Ciudad Católica), y una red de densa sociabilidad religiosa en expansión cuya importancia irá en crecimiento (Cursillos de Cristiandad). Estos tres espacios sociales funcionan de manera autónoma, ya que en su organización y en su proyecto político se diferenciaban. Por esta misma razón tampoco se los puede pensar como partes de una misma red “católica”, sino como grupos

autónomos con núcleos duros organizativos e ideológicos propios. Esto es claro cuando intentamos inscribirlos tanto como católicos o como nacionalistas. Los tres tipos de asociaciones abrevan en un horizonte de sentido católico, pero realizan distintas interpretaciones y mantienen diversos vínculos con la institución Iglesia, sus movimientos y su doctrina. Esto nos lleva a hablar de catolicismos en plural, ya que no son asimilables ni las teologías en las que abrevan, ni las concepciones políticas sobre la religión o religiosas sobre la política que cada grupo tenía. De la misma manera, si bien los tres comparten algunos tópicos del pensamiento nacionalista, pero no son asimilables, ya que mientras que La Ciudad Católica rechaza el estatismo, los ateneístas le otorga centralidad; si la Ciudad Católica tiene como enemigos al liberalismo y al comunismo, muchos de los miembros del Ateneo matizarán sus críticas al liberalismo, no rechazarán a la democracia como posible modo de organización político-social, demostrando un pragmatismo político mayor fruto de su extensa participación política.²⁶ Entonces, lejos de pensar la unidad de acción de un grupo católico, debemos hablar de *nacionalismos* y de *catolicismos*. El uso del plural nos permite evitar todo tipo de esencialismos, así como eludir la disputa de los actores por la definición legítima.²⁷

Son tres redes católicas que operarán eficazmente en el acceso a las primeras líneas del gobierno de Onganía. En efecto, cuando Onganía deba nombrar a su primera línea de gobierno, una parte importante de los nombres saldrán de estos espacios. De los cinco ministros, Martínez Paz (Interior) y Salimei (Economía) pasaron por los Cursillos, Petracca (Bienestar Social) proviene de Ciudad Católica. Mientras, Defensa quedará vacante hasta enero de 1967, cuando asuma un familiar de Alejandro Lanusse, el Ingeniero Antonio Lanusse. Por último, Relaciones Exteriores quedará en manos de Nicanor Costa Méndez, proveniente del Ateneo de la República. Entre los secretarios, los cargos se repartirían más parejos entre liberales, cursillistas, Ateneístas, y representantes de organizaciones patronales. Gorostiaga, de la Ciudad Católica, quedará a cargo de la SEPAC. Entre los ateneístas, el otro hombre fuerte dentro del gabinete nacional será Mario Díaz Colodrero, Secretario de Gobierno. Como veremos, el desembarco fuerte del Ateneo de la República será a partir de enero de 1967, cuando los cursillistas y miembros de la Ciudad Católica dejen el gobierno.

El caso de Jorge Néstor Salimei es interesante. Primer ministro de economía, Salimei era dueño del holding SASETRU que incluía el Banco de Boulogne, que manejaba las cuentas de la Iglesia Católica Argentina. La figura de Salimei concentra las dos fuentes de las que provendrán los principales cuadros del Onganiato. Por un lado, este doctor en Economía se encontraba cerca de Álvaro Alsogaray, a cuyos cursos en el Instituto de Economía Social de Mercado había asistido. Al mismo tiempo Salimei forma parte de una generación de militantes del humanismo y de la acción católica que de la universidad pasarán a la empresa y de la empresa a la función pública durante el gobierno de Onganía (Donatello, 2011b). Por ello, estaba inserto en redes del integralismo católico: asiduo a los Cursillos de Cristiandad, vinculado a la Ciudad Católica y a uno de sus promotores, Juan Francisco Guevara. De hecho, el periodismo de la época consideraba a SASETRU como una obra económica del Opus Dei.²⁸ Cuando se desempeñe en el cargo, Salimei se inclinará hacia el sector nacionalista. Esto desembocará en su rápida salida del gabinete en enero de 1967, lo que resalta por la alta exposición pública que mantuvo en sus escasos meses ministeriales. Su reemplazante, Adalbert Krieger Vasena, será exitoso en imponer el rumbo liberal al gobierno de Onganía.

En enero de 1967 se produce la primera renovación de altos funcionarios. Junto a Salimei parten dos de sus secretarios. Martínez Paz es reemplazado por Guillermo Borda; con él abandona el

gobierno un subsecretario. Gorostiaga y sus dos subsecretarios renuncian; los reemplazan Raúl Puigbó y Adolfo Critto. En marzo Roberto Petracca fallece repentinamente; luego de un mes de indecisión, Onganía designa a Julio E. Álvarez. El saldo de esta renovación será la salida de casi todos los altos funcionarios vinculados a la Ciudad Católica, de algunos cursillistas sin adscripción organizativa fuerte, y una polarización entre ateneístas y liberales.

4. LOS ALTOS FUNCIONARIOS DEL MINISTERIO DE BIENESTAR SOCIAL

Durante los cuatro años de gobierno de Onganía, entre junio de 1966 y junio de 1970 se sucederán cuatro ministros de Bienestar Social: Roberto Petracca (octubre 1966-marzo 1967), Julio E. Álvarez (abril 1967-marzo 1968); Conrado Bauer (abril 1968-julio 1969); Carlos Consigli (julio 1969-junio 1970). Sus perfiles son disímiles, y los equipos que los acompañan en la gestión (secretarios y subsecretarios) no siempre responden políticamente a ellos.

Roberto Petracca era un industrial del Vidrio, que ocupaba cargos dentro de corporaciones patronales: titular de la Cámara del Vidrio, y desde allí una secretaría en la Unión Industrial Argentina desde 1962. Su empresa, Petracca Construcciones, será una de los auspiciantes de la revista Roma.²⁹ Pocos datos hay sobre él. En su discurso de asunción, Petracca destacará que: “Es menester que no se considere al hombre en forma masiva. [...] El empresario que actúa con indiferencia se descoloca en el frente que defiende nuestro modo de vida, cristiano y occidental.” El folletín que se distribuyó a la prensa en su asunción destacaba que “sus inquietudes comunitarias lo llevaron, asimismo, a colaborar y dirigir numerosas instituciones de bien público en Flores y Villa Luro, entre ellas el Hogar Policial y la Cooperadora de Bomberos”. Según este folletín, estas eran credenciales suficientes para dotar al flamante ministro de “una vasta experiencia en cuestiones relacionadas con el bien común”.³⁰

Petracca fallecerá en su cargo en marzo de 1967, luego de haber superado la crisis que incluyó la renuncia de dos de sus secretarios, Gorostiaga y de Zan, y dos subsecretarios (que ya veremos). Su sucesor será Julio E. Álvarez. Esta designación constituyó para Onganía una decisión salomónica frente a las presiones de los dos grupos que pujaban en el seno del gobierno. Por un lado, el equipo económico encabezado por Krieger Vasena, ya en control de Economía y con el apoyo de los hermanos Alsogaray (Julio, Jefe del Ejército Argentino, y Álvaro, referente del liberalismo económico³¹), quería colocar alguno de sus colaboradores, el rumor indicaba al Ing. Raúl Ondart, subsecretario de Hacienda y ligado políticamente a Álvaro Alsogaray. Por su parte, el Ateneo de la República presionaba por el nombramiento de Raúl Puigbó, ateneísta recientemente nombrado al frente de la SEPAC.³² El ministro designado, Julio E. Álvarez, si bien no era ateneísta se encontraba más cercano a las posiciones de éstos. Abogado (UBA), Doctor en Ciencias Políticas (Universidad Católica Argentina), en octubre de 1966 Álvarez formaba parte del Instituto de Ciencia Política de la Universidad del Salvador (USAL), dirigido por Raúl Puigbó, y escribió un breve capítulo en un libro, *La Revolución Argentina*, en la que explícitamente un grupo de cuadros intelectuales católicos se ponían a disposición del nuevo proceso encabezado por Onganía (Giorgi, 2010). Luego, Álvarez será presidente de la oficial institución católica Caritas Argentina.

En abril de 1968, Álvarez será reemplazado por el ingeniero civil Conrado Bauer, a quien podemos vincular con un perfil de experto. Bauer combina una carrera académica (1964: vicedecano de la Universidad Nacional de La Plata), una carrera como funcionario (1958-59: subsecretario de Obras Públicas, Municipalidad de La Plata; 1962-63: subsecretario de Obras

Públicas, Provincia de Buenos Aires; 1982-83: Ministro de Obras y Servicios Públicos en la Provincia de Buenos Aires), coronado con los más altos cargos en las asociaciones profesionales de su disciplina (1995-1999: presidente de la Federación Mundial de Organizaciones de Ingenieros; 2000-2002: presidente de la Unión Argentina de Asociaciones de Ingenieros).

El Cordobazo provocará la renovación de casi todo el gabinete.³³ En julio de 1969 es nombrado el médico cordobés Carlos Alberto Consigli, vicedecano de la Facultad de Medicina de la Universidad Católica de Córdoba entre 1964 y 1966. Finalmente, el fin del ciclo de Onganía llegará con el secuestro del ex dictador Aramburu por parte de Montoneros, en mayo de 1970. A diferencia de las anteriores renovaciones ministeriales, con la renuncia del ministro Consigli se presentan las del resto de los secretarios y subsecretarios. El nuevo ministro de Bienestar Social, Francisco Manrique, reorientará la política social hacia la implementación de un sistema de seguridad social universal, dando por concluida la experiencia comunitarista, que en la práctica ya se había truncado con los sucesivos cambios en el nivel de secretarías.

Por su parte, a nivel de secretarías y subsecretarías los cambios serían más frecuentes, muchas veces causados por el arrastre de la remoción de ministros, o por crisis particulares en cada área. Como veremos, en las sucesiones la pertenencia a algunas de las redes mencionadas jugará un papel significativo. Como mencionamos, el MBS contaba con cuatro secretarías, una por cada área de política pública.

La Secretaría de Estado de Salud, que había sido el corazón del antecesor del MBS (el Ministerio de Asistencia Social y Salud Pública), es la que tiene más estabilidad en lo que respecta a los altos funcionarios públicos: desde octubre de 1966 hasta la caída de Onganía, en junio de 1970, el secretario es Ezequiel Dago Holmberg, y el subsecretario Alberto Mondet. Ambos médicos, Holmberg se había destacado como investigador, pero por sobre todo pertenecía a una familia tradicional Argentina: primo hermano de Alejandro Lanusse, sobrino de Agustín P. Justo, hermano de Elena Holmberg, diplomática asesinada en 1978 por el régimen militar. Mondet, con menos abolengo, poseía sin embargo experiencia en la gestión pública: había sido secretario de Salud de la Municipalidad de Buenos Aires en 1963, y asesor de confianza del ministro de Salud de Illia, Arturo Oñativia (Veronelli y Veronelli Correch, 2004: 631 y ss). También, había obtenido la beca Eisenhower. Holmberg y Mondet continuarían con las líneas de políticas en salud pública iniciadas por Oñativia.

Al igual que Salud, la Secretarías de Estado de Vivienda quedaría en manos de expertos en el área, dos ingenieros (Enrique García Olano y Esteban Guaia) y un arquitecto (Julio S. Billorou), con perfiles similares. El primer titular será el ing. Enrique García Olano, que es el único de todos los funcionarios políticos que permanece en el mismo cargo desde la gestión de Illia (había sido nombrado en abril de 1966). García Olano y Guaia compartían varios puntos en común en su trayectoria: egresados de la UBA (1944 y 1953, respectivamente), ambos tenían un pasado de militancia universitaria en su facultad, tras lo cual se dedicaron a la actividad profesional en empresas cementeras. A la vez, participaban de asociaciones del ramo, patronales y profesionales. Ambos ocuparán cargos en el Centro Argentino de Ingenieros, García Olano antes de asumir como secretario, y Guaia después. Hay que notar que mientras García Olano sea secretario, el secretario de la SEPAC será Gorostiaga, con el que comparte todos los puntos de la trayectoria con Guaia, pero además también la participación en la UIA (García Olano había sido asesor desde fines de la década de 1950), y la membresía en el Rotary Club de Buenos Aires.

Esta presencia corporativa por parte de los ingenieros no es fruto del azar: cuando Guaia sea reemplazado por el arquitecto Federico Adolfo Ugarte, en julio de 1970, el Centro Argentino de Ingenieros protestará contra la pérdida de dicha posición clave en la distribución de la obra pública.³⁴

Ahora bien, en torno a las dos secretarías que restan es que se concentrarán los cuadros católicos que hemos rastreado. Por un lado, la Secretaría de Estado en Seguridad Social era una de las dependencias más sensibles del MBS, en particular porque manejaba una enorme masa de recursos provenientes de las cajas jubilatorias, lo que le agregaba como problema extra la disputa con los sindicatos y organizaciones patronales por la gestión de dichos recursos. El primer secretario será el Licenciado en Ciencias Políticas Raúl F. J. de Zan, quien renunciará en enero de 1967. No hemos podido recabar mucha información sobre este personaje, pero dos elementos nos brindan indicios de sus lealtades hacia la red tradicionalista que tiene a Petracca y a Gorostiaga como referentes en el MBS. Primero, presenta su renuncia al mismo tiempo que Gorostiaga y sus colaboradores; en ella afirma que si se aleja de la función pública es para permitir que Onganía pueda “lograr una mayor coherencia en el manejo de la cosa pública”.³⁵ Segundo, su reemplazante será Samuel Medrano, un ateneísta desde su fundación. Medrano, quien duplicaba en edad a de Zan (69 vs. 35 años), era abogado (UBA) y desde 1958 se desempeñaba como profesor de Historia Institucional Argentina en la Universidad Católica Argentina (UCA). Tenía experiencia en la gestión pública, pero no en materia de Seguridad Social (había sido Secretario de Salud y Abastecimiento de la Municipalidad de Buenos Aires entre 1944 y 1946). Es decir, todo indica que habría accedido a la Secretaría de Seguridad Social en gran parte por su participación en el ateneísmo.

Medrano será acompañado en el cargo de Subsecretario de Seguridad Social por Santiago Manuel de Estrada. Miembro de una familia notable católica, entre sus antepasados se cuentan tres embajadores en el Vaticano y un parlamentario activista católico, uno de los pocos en el proyecto laicizante de país de la generación de 1880. Su homónimo padre había sido designado embajador en el Vaticano por Frondizi (1958-61), y decano de la Facultad de Derecho de la UCA en los períodos 1967-1972 y 1975-1985. Su hijo, Santiago Manuel de Estrada, había estudiado en el Colegio Champagnat, luego derecho (UBA). Al momento de asumir su cargo, era docente de la USAL y del colegio católico Santa Isabel de San Isidro. El padre había sido uno de los fundadores del Ateneo, y aunque su hijo no formará parte de este, este es un claro vínculo con la red de ateneístas. En abril de 1969, cuando Puigbó se aleje de la SEPAC, el hombre indicado para reemplazarlo será de Estrada, hasta junio de 1970. Santiago de Estrada volverá a la función pública nacional repitiendo los mismos cargos: será subsecretario de Seguridad Social en 1981, y también en julio de 1989, subsecretario de Desarrollo Social en 1998 y secretario de Seguridad Social en mayo de 1999. En este último paso por la gestión estatal, de Estrada consolidará su relación política con Horacio Rodríguez Larreta, a quien acompañará en el partido Recrear, luego PRO, con el cual ocupará cargos en la Ciudad de Buenos Aires desde 2007. En este partido, de Estrada recibirá el apodo de “el obispo”. Su historia familiar y sus estrechos vínculos con la Iglesia lo llevaron a repetir la tradición familiar: fue el embajador en el Vaticano de Alfonsín (1984-89).

En abril de 1967, Medrano será desplazado, junto con García Olano, por el nuevo ministro Álvarez. De esta manera, el único que había mantenido su cargo había sido Holmberg. Su reemplazante será Alfredo Cousido, que detentaba como único título formal el de perito mercantil, y que se encontraba jubilado de la administración pública municipal. De Zan lo había

nombrado Interventor de la Caja Nacional de Previsión para Personal del Comercio, y de allí saltó al cargo de secretario. La principal razón de esta renovación de altos funcionarios era, según una importante revista política de la época, la incapacidad de estos funcionarios de resolver los crecientes problemas del sistema provisional, la oposición que experimentaban por parte de los gremios,³⁶ y la presión por parte del ministerio de Economía para quedarse con el control de dichos recursos.³⁷ Cuando en noviembre de 1969 Cousido deba comunicarle al ministro Consigli que no había fondos para pagar las jubilaciones, será reemplazado por Fernando Tomassi.

Finalmente, la cuarta área del MBS es la SEPAC, en la que profundizaremos en la sección siguiente.

El primer secretario de EPAC es el ingeniero Mateo Roberto Gorostiaga. Junto a su hermano Pablo dirigirá varias firmas vinculadas con la construcción (Empresa Argentina de Cemento Armado), será miembro del Centro Argentino de Ingenieros (cuyo padre había presidido), de la Asociación Cristiana de Dirigentes de Empresas, del Rotary Club, del Jockey Club y del Rowing Club. Pero junto a esta actividad en el mundo empresarial, Gorostiaga era una pieza clave de la Ciudad Católica en la Argentina, y director de Verbo entre 1959 y 1966. En 1977, publicará un libro *Cristianismo o Revolución. Para una restauración cristiana de la patria*, que reúne artículos y conferencias suyas que abarcan de 1963 hasta 1977. Allí, Gorostiaga se presenta como:

... jefe del sector tradicionalista que se opone a la autodemolición de la Iglesia. [...] presidente de la Cruzada Mundial del Santo Rosario y de la Sección Argentina de Una Voce Internacional en defensa de la Misa de Siempre. (Gorostiaga, 1977: contratapa)

En enero de 1967, tras unos pocos meses en el cargo, Gorostiaga renunciará haciendo explícita su disconformidad con el rumbo que tomaba el gobierno de Onganía, y aludiendo a la firma de contratos petroleros por parte del nuevo equipo económico:

[...] doy a la presente [renuncia] el carácter de indeclinable. Asumo tal actitud por disentir con el procedimiento adoptado para lograr la reestructuración del gabinete, que hiere mi delicadeza, y en mi discrepancia, ya puesta de manifiesto ante V.E. respecto al rumbo económico que culmina con la noticia de los diarios de hoy que imposibilitaría mi tarea de promover a la comunidad por la miseria popular y endeudamiento a los grupos financieros internacionales que ellos traería aparejado. Dios guarde a V.E.. (La Nación, 5/1/1967: 16)

El mismo tono tendrán las renuncias de los dos subsecretarios que Gorostiaga había designado en octubre de 1966. Ambos dirigirán sus dimisiones directamente al ex SEPAC, y no al ministro, lo que indica las lealtades. Así, Pedro Gutiérrez se refiere a valores compartidos entre el equipo de trabajo de la SEPAC (un lugar de “lucha” en el que afirmaron “los grandes ideales que nos unen espiritualmente desde hace muchos años”), e invoca a Dios para que auxilie a Onganía (“haciendo votos para que Dios ilumine la gestión del señor presidente de la República, teniente general Juan Carlos Onganía, para forjar una Argentina grande, libre y generosa. Dios guarde a V.E.”). Por su parte, Marcelo de las Carreras resaltaba “la formación cristiana y solidez doctrinaria de” Gorostiaga, “real beneficio para el país [...] en el campo social”, y remarcaba las dificultades del carácter innovador de la secretaría que habían conducido.³⁸

Su fallido y fugaz paso por la SEPAC significará para Gorostiaga un revés importante en el

campo del tradicionalismo católico, ya que será reemplazado en la dirección de Ciudad Católica por un joven Carlos Alberto Sacheri, con quien compartían la preocupación por la “infiltración marxista” dentro del seno de la Iglesia católica, y el proyecto contrarrevolucionario de la Ciudad Católica.³⁹

En la SEPAC, el nuevo titular será Raúl Puigbó, y el subsecretario Adolfo Critto. Puigbó forma parte de un conjunto de individuos a partir de los cuales podemos delinear una trayectoria colectiva (aunque no grupal): militantes en la ACA; titulados en Derecho en universidades estatales; luego orientados hacia las ciencias sociales (sociología, ciencia política). Antiperonistas en 1955, y afines al bando Azul en 1962.⁴⁰ Algunos de ellos se insertan en redes militares, sea por familiares en servicio, o porque, entre fines de los 50's y comienzos de los 60's dictan clases en institutos militares (Escuela Superior de Guerra, etc.). Al mismo tiempo, se desempeñan como docentes en las universidades católicas (UCA, USAL). En 1966 acompañarán al golpe de Estado, pero recién se incorporarán a cargos de primera línea en el recambio de enero de 1967. Hacia mediados de 1970, ninguno de ellos permanecía en el gobierno. Con matices, este es el caso de Raúl Puigbó, Mariano Grondona, Julio E. Álvarez, José Enrique Miguens, Guillermo Borda, Carlos Floria, José Luis de Ímaz, Emilio Mignone, José Manuel Saravia (h), entre otros (Giorgi, 2010). Estos nombres forman parte de diversos grupos católicos y provienen de tradiciones político-partidarias múltiples. En general, tienen alguna participación en la revista Criterio y mantienen estrechos lazos con la institución eclesial (Verbistky, 2009)

Esta trayectoria colectiva de ninguna manera debe suponer una comunidad de ideales, un mismo horizonte de sentido entre ellos. De hecho, sería una ficción sociológica suponer que *hors du papier* se comportaban como un grupo en sí-para sí. Sin embargo, este es un claro ejemplo de la forma en que una red social sustentada sobre vínculos débiles (Granovetter, 1973) opera estructurando posibilidades en un escenario favorable para el salto a la gestión política (ventana de oportunidad).

Activo militante de la Alianza Libertadora Nacionalista en su juventud, Raúl Puigbó será subdirector Nacional de Trabajo tras el golpe de Estado que derrocó a Perón en 1955. Profesor y decano de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (USAL), y docente en el Centro de Altos Estudios del Ejército, desarrolló junto a la académica una profusa actividad periodística. La participación en esta red intelectual-académica católica le extendió vínculos con el Ateneo de la República. Dentro de este jugaba un rol importante como articulador hacia el campo universitario, en tanto director del Instituto de Ciencia Política de la USAL, que como mencionamos en octubre de 1966 publican *La Revolución Argentina*, en la que explícitamente un grupo de cuadros intelectuales católicos se ponían a disposición del nuevo proceso encabezado por Onganía. De los doce autores, cinco ocuparán cargos en el Onganiato.

Puigbó será el titular de la SEPAC desde enero de 1967 hasta abril de 1969, durante gran parte del período aquí tomado. Ciertamente, su formación en ciencias sociales le permitió afrontar de una manera más sistemática la tarea que tendrá en la SEPAC. Como veremos, Puigbó expresará de una manera más clara y operativa el proyecto comunitarista. Tras su salida de la gestión pública, Puigbó se reconvertirá en un experto en Desarrollo de Comunidades, trabajando como consultor experto para la OEA y la UNESCO (cf. Puigbó, 1975).⁴¹ Esta perspectiva se inscribe en las corrientes modernizadoras del Trabajo Social, alejado del tradicionalismo católico, pero con afinidades de origen ya que está fuertemente influida por la Doctrina Social de la Iglesia y el principio de subsidiaridad. En abril de 1969, Puigbó será desplazado de la SEPAC, y su reemplazante será el ya mencionado Santiago Manuel de Estrada.

5. LA SEPAC Y EL PROYECTO COMUNITARISTA DEL ONGANIATO

La estructura de la SEPAC

Como mencionamos, la SEPAC era una de las innovaciones introducidas en la estructura del Estado nacional. El decreto-ley n° 16.956 *orgánica de los ministerios* creaba al mismo tiempo el Ministerio de Bienestar y las secretarías correspondientes. Entre sus competencias particulares, el Ministerio tenía a su cargo:

6. La orientación y estimulación de las actividades tendientes a la promoción y desarrollo de comunidades, tanto a nivel local como regional, dentro del concepto que debe caracterizar a la comunidad nacional.

Este será el ámbito de incumbencia de la flamante SEPAC:

Artículo 33. — Competen a la Secretaria de Estado de Promoción y Asistencia de la Comunidad lo relativo al desarrollo y organización de la acción comunitaria, la protección y promoción del núcleo familiar, como también lo inherente a la asistencia y servicio social y la prevención y protección de los estados de carencia y desamparo.

Con fecha del 21 de junio de 1968, se publica en el Boletín Oficial la aprobación de la estructura orgánica definitiva de la SEPAC, sobre la base de un esquema que ya venía funcionando desde 1967. Esta consistía en dos direcciones generales, Promoción Comunitaria y Asistencia Comunitaria. De cada una de ellas dependían cuatro servicios. Promoción Comunitaria tenía una misión más activa, básicamente consistente en impulsar y promover la organización de asociaciones de base comunitaria mediante la asistencia técnica, la educación, la transferencia de recursos, etc. Para ello contaba con los servicios nacionales de: Desarrollo de Comunidades; de Cooperativas; de Deporte, Recreación y Turismo Social; de Asuntos Indígenas. Cada una de ellas, un ámbito definido de la intervención comunitaria. Por su parte, Asistencia Comunitaria tenía funciones más ligadas a la asistencia y protección. Así, los departamentos en los que dividía su actividad eran los servicios nacionales de la Minoridad; de la Familia y la Mujer; de Asistencia Social (que, stricto sensu, es el que corresponde a la antigua DINAS); de Mutualidades y Obras Sociales. De alguna manera, estas cuatro áreas conforman cuatro poblaciones-objeto pasivas. De la fusión de las dos primeras surgirá en 1971, a instancias del ministro Francisco Manrique, la Subsecretaría de Minoridad y Familia, que atraerá un interés especial por parte de cuadros católicos en los años por venir. La SEPAC contaba además con otros cinco departamentos y seis divisiones. Uno de ellos era el Departamento de Servicios Comunitarios, creado con la explícita función de manejar los subsidios solicitados por las organizaciones comunitarias.

De esta manera, la reformulación de las estructuras del Estado abierta en 1966 permite la conformación de un entramado burocrático estatal explícitamente orientada hacia la generación de políticas comunitaristas. Ahora bien, junto a las cristalizaciones institucionales, es necesario profundizar más y repasar las nociones de comunidad que los altos funcionarios responsables de la SEPAC expresarán durante su gestión.⁴²

Las nociones de comunidad

Más allá de los grandes paradigmas sobre la comunidad, es necesario recuperar las definiciones que sobre esto orientaron la acción *in situ* de los secretarios de Estado en Promoción y Asistencia de la comunidad. Como vimos, los dos más importantes son Roberto Gorostiaga (ya que es el primero, y debe haber tenido grandes incumbencias en modelar dicha dependencia) y Raúl Puigbó (que es el que permanecerá más tiempo, desde enero de 1967 hasta mediados de 1969). Aunque abrevando en la misma matriz católica, Gorostiaga hablará de corporativismo, mientras que Puigbó es comunitarista.

Roberto Gorostiaga poseía educación universitaria en ingeniería, y una concepción político-religiosa basada casi exclusivamente en la lectura de documentos eclesiales, junto a las charlas y lecturas de la Ciudad Católica y Verbo. Gran parte de su pensamiento que se reducía a una serie acotada de tópicos, puede encontrarse en *Cristianismo o Revolución. Para una restauración cristiana de la patria*. Gorostiaga presenta al libro como un programa católico de acción, regido por el lema “Omnia instaurare in Cristo”, de San Pío X, a quien junto a la Virgen dedica el libro.⁴³ Recordemos que Gorostiaga fue el principal impulsor de la consagración de la Argentina al Inmaculado Corazón de María, concretada por el general Onganía en 1969. Este hecho sirvió para volver visible las profundas divisiones al interior del catolicismo argentino, con manifestaciones públicas católicas a favor y en contra de ese acontecimiento.

En este libro, Gorostiaga presenta su propuesta corporativista. Abrevando en la Doctrina Social de la Iglesia, sostendrá junto a Pío XII que “los cuerpos intermedios son la solución natural y cristiana”. (Gorostiaga, 1977: 231). Las corporaciones, o cuerpos intermedios, son “organismos autónomos de finalidad económico-profesional [que] deben agrupar a todos cuantos tengan intereses comunes” (Ibíd: 232), dentro de cada rama de actividad económica, “donde se reali[ce] la paridad fundamental entre patronos y empleados, la ‘igualdad proporcional’, no material” (Ibíd.: 197), esto es la “la debida jerarquía social”.

Entonces, Gorostiaga cita aquella máxima que reza: “Todo lo regional, a la región; todo lo comunal, a la comuna; todo lo profesional, a la corporación” (Ibíd.: 355). En esta propuesta, el Estado no tiene un rol preponderante, sino más bien subsidiario (Ibíd.: 353) a diferencia de otras variantes del corporativismo.⁴⁴ El Estado debe limitarse a ordenar la producción en un rol subsidiario (Ibíd.: 184), y en orientar a las corporaciones hacia el fin último “que es la justicia social, basada en la vida virtuosa” (Ibíd.: 232). Para Gorostiaga: “Las corporaciones no son propias del totalitarismo; todo lo contrario, las corporaciones permiten la libertad de asociación, evitan el estatismo” (Ibid: 359). Por ello este corporativismo implica la descentralización: “la gerencia del bien común” debe quedar en manos de las corporaciones intermedias (Ibíd.: 505).

Finalmente, no hay un rechazo hacia el capitalismo; todo lo contrario, se pretende un capitalismo de base nacional no liberal (Ibid: 507). Esto nos permite entender algunos puntos de quiebre con el rumbo que tomaba la Revolución Argentina bajo el influjo de los cuadros liberales que respondían a Alsogaray.

Por su parte, Raúl Puigbó poseía una formación más sistemática en ciencias sociales, a diferencia de Gorostiaga. Ya mencionamos que, tras su salida de la función pública, Puigbó se reconvertirá en experto en Desarrollo de Comunidades (Puigbó, 1977), publicando una serie de libros sobre la temática.

En marzo de 1967, el flamante secretario Puigbó encabeza la Primera Reunión Nacional de Promoción y Asistencia Comunitaria, que cerrará el Gral. Onganía con un discurso. Las conclusiones de la Reunión, leídas por el mismo Puigbó, marcaban las líneas directrices de la

política de la SEPAC: Cada comunidad deberá elaborar y ejecutar el propio programa de desarrollo integral, y supervisar la ejecución de las políticas públicas, con apoyo técnico de los funcionarios y financiamiento del Estado; los líderes comunales serán capacitados para ello. El objetivo: la promoción de las comunidades.⁴⁵

Un mes después, en la conferencia de cierre del Tercer Congreso General de la Confederación Argentina de Mutualidades, Puigbó referirá el rol del Estado es, en el mismo que Gorostiaga, el de subsidiaridad:

El de *subsidiaridad*, que le impone al Estado la obligación de abstenerse de actuar donde ya actúa un cuerpo social intermedio; el de la *supletoriedad*, que le impone al Estado la obligación de ayudar a los cuerpos sociales inferiores para que puedan cumplir con sus objetivos; el de la *coordinación* que reserva al Estado la función de coordinar los diversos niveles de realización de los servicios sociales; el de *promoción y de fomento* de las asociaciones voluntarias que enriquecen la sociabilidad organizada y permiten una más plena realización de la personalidad humana; el de *contralor*, para que se cumplan las disposiciones legales y estatutarias. (Puigbó, 1967)

En un texto posterior (1975), será más preciso respecto a la promoción comunitaria:

El desarrollo comunitario ha insistido en la aplicación práctica del principio de la subsidiaridad a efectos de revitalizar los órganos locales y de lograr una toma de conciencia, por parte de las organizaciones comunitarias, de su propia responsabilidad (Puigbó, 1975: 65)

En ese mismo texto hará explícitas las fuentes de la noción de subsidiaridad que manejaba, la Doctrina Social de la Iglesia:

Esta tendencia a la delegación de funciones desde los niveles superiores a los niveles menores encuentra su fundamento en la doctrina de la subsidiaridad. En su Encíclica *Quadragesimo Anno*, Pío XI sostuvo la injusticia que implicaba atribuir a las sociedades mayores aquellas funciones que las comunidades menores o los individuos podían hacer por su propio esfuerzo o industria. Este principio supone una escala de responsabilidades que asciende desde la persona individual y la familia, hasta el Estado, pasando por una serie de sociedades intermedias. (Puigbó, 1975: 64)

Es interesante hacer notar que Puigbó insistirá en lo que él denomina principio de supletoriedad, que forma parte del de subsidiaridad:

Bien es cierto que este principio [de subsidiaridad] debe complementarse con el de la supletoriedad, según el cual las sociedades mayores deben suplir las insuficiencias de las sociedades menores en el cumplimiento de sus funciones sociales. (Puigbó, 1975: 65)

Vemos así que el desarrollo de Puigbó respecto al diseño de la política social desde el principio de subsidiaridad de la Doctrina Social de la Iglesia es mucho más fino y detallado que el planteo de Gorostiaga.

En este sentido, Puigbó logra operacionalizar la noción de comunidad en dos grandes versiones: las mutuales y las cooperativas. Así, en la mencionada conferencia de cierre del Tercer Congreso General de la Confederación Argentina de Mutualidades, Puigbó sostendrá que “el mutualismo constituye una de las reservas espirituales de la comunidad argentina”, y “una de las expresiones

más puras de la solidaridad humana” (Puigbó, 1967).

Respecto al cooperativismo, lo vincula a la ausencia de conflicto (“Una sociedad donde se ha desarrollado el Cooperativismo es una sociedad sin conflicto”) y a la satisfacción humana (“La sociedad cooperativa ha creado una nueva clase: la de los hombres satisfechos”). El 2 de julio, Día Internacional de la Cooperación, Puigbó, dirige un mensaje en nombre del gobierno nacional:

Las cooperativas han evidenciado una gran aptitud para movilizar, dinamizar y organizar de manera eficiente a las fuerzas sociales disponibles en la comunidad nacional. En este tipo de asociación el hombre encuentra un marco adecuado para satisfacer sus necesidades materiales y morales, pero también, y lo que es más importante, descubre nuevos horizontes de realización e inventivos de superación. Una de las características fundamentales del movimiento cooperativo es otorgar supremacía al hombre sobre el capital, a la persona sobre la organización. (Argentina. Ministerio de Bienestar Social, 1967: 3)

Entonces, la mutual y la cooperativa son las formas mediante las cuales Puigbó intenta llevar adelante una política comunitarista desde la SEPAC. Si la comunidad se expresa en mutuales y cooperativas, el papel del Estado es el de auxiliarlas mediante dos mecanismos: a través de la asistencia técnica y del incentivo económico. En un documento de trabajo publicado en 1969, probablemente bajo la gestión de Puigbó, se insistía con la idea de subsidiaridad del Estado:

El bienestar social no solo ha de lograrse a través de los medios provistos por el Estado, sino que es condición indispensable la activa participación de los individuos, la acción comunitaria. [...] motivar a los individuos a elevar su nivel de vida, desarrollando sus iniciativas, energías, capacidades y libertades personales, ya que el logro del bienestar requiere cambio, innovaciones, competencia y movilidad social. (Argentina. Ministerio de Bienestar Social, 1969: 16)

A un año del golpe, el gobierno publicaba un documento en el que realizaba un balance y resumía la acción del MBS de la siguiente manera:

El Estado ha comenzado a actuar complementando y promoviendo la acción autónoma de los individuos y de los grupos sociales, sin absorber aquellas funciones que pueden ser ventajosamente cumplidas por entidades intermedias. (Argentina. Presidencia de la Nación, 1968: 123)

Estos proyectos comunitaristas no eran fenómenos marginales, sino que contaban con el apoyo del Gral. Onganía. El dictador asistirá a la Primera Reunión Nacional de Promoción y Asistencia Comunitaria, dando el discurso de clausura. Allí sostendrá que “lo que necesitamos –y en conseguirlo estamos empeñados– es fortalecer nuestra vida comunitaria”, cuyo pilar es la familia, según “el sentido cristiano de la vida [y la] tradición moral que nos alienta”. Para ello, dos tareas se imponen:

[la primera es] dinamizar y promover las posibilidades de todas las células que se integran para poder cumplir fielmente la empresa de realizarse y colaborar en la transformación positiva de su medio social. La segunda tiende a la atención de las personas y grupos marginados, rezagados o en conflicto, que por deficiencia propia o por una falla de la estructura social no integran la comunidad. (La Nación, 1/4/1967, “Coincide la Revolución con la nueva encíclica”: tapa)

Vemos entonces que las palabras de Onganía se corresponden totalmente con el comunitarismo

de Gorostiaga y también de Puigbó. Según Onganía:

Apoyar y fortalecer a la comunidad local significa promover las virtudes de solidaridad y responsabilidad sociales. La comunidad opera así como escuela de promoción cívica y social, y los pueblos adquieren la aptitud necesaria para cumplir su misión.

Cada hombre, cada familia, cada institución, integrados armoniosamente en la comunidad, deben ser los auténticos protagonistas de sus vocaciones y anhelos. (La Nación, 1/4/1967, "Coincide la Revolución con la nueva encíclica": tapa)

Al repasar todos estos discursos, encontramos que el elemento que vertebra la política pública de matriz comunitarista es la noción de subsidiaridad de los cuerpos intermedios. Este proyecto, fracasado al menos en sus cuadros más tradicionalistas, era un elemento básico en el esquema político de la Revolución Argentina, y por el que fue acusada de corporativismo. Más allá de la experiencia comunitarista de la SEPAC, el principio de subsidiaridad se impondrá como uno de los componentes vertebrales subyacentes a la política social en el Estado argentino hasta el día de hoy, más allá de algunos paréntesis.

6. CONCLUSIONES

A lo largo de este artículo hemos analizado un momento particular en la relación entre religión y política en la Argentina, dando cuenta cómo distintos grupos católicos acceden a una institución compleja como es el Estado. La dictadura cívico-militar-católica de Onganía constituye un acontecimiento propicio para estos grupos de católicos que, socializados políticamente en la matriz del catolicismo integral, se ven seducidos a formar parte de gobiernos de facto.

Para ello, realizamos un análisis concreto del Estado y de las redes de sociabilidad en las que están inscriptos los individuos que gobiernan. El considerar a un ministerio como un escenario de enfrentamientos y negociaciones nos permitió dar cuenta de las disputas por la distribución de altos cargos, así como de las definiciones del sentido de la política social.

Asimismo, hemos dado cuenta de la heterogeneidad existente entre los distintos grupos que abrevan en el imaginario católico, y que convergen en la alta gestión pública del régimen liderado por el Gral. Onganía. Hemos visto que, más allá de compartir un mismo horizonte de sentido, cada uno de estos espacios de sociabilidad funcionaba de manera autónoma, y no debieran ser confundidos. De lo contrario, se pierde gran parte de la comprensión sobre su funcionamiento sociológico.

Respecto a esto debemos remarcar una premisa de investigación con la que venimos insistiendo en trabajos anteriores: el peligro de utilizar grandes etiquetas para identificar actores sociales, so riesgo de convertirse en un rotulador serial. El reconocimiento de la heterogeneidad permite ver las estrategias de legitimación que despliegan los actores, en particular en la disputa central por el sentido de ser y estar en el catolicismo. Lo mismo puede decirse sobre el nacionalismo. Por ello, sostenemos la necesidad de hablar de *catolicismos*, *nacionalismos* y *comunitarismos*, ya que el uso del plural permite evitar todo tipo de esencialismos, abriendo al análisis la diversidad de variantes histórica.

De esta manera, la definición de comunidad remite a distintos tipos de comunitarismo. Si bien todos abrevan en la Doctrina Social de la Iglesia, difiere en las interpretaciones político-teológicas. Sin embargo, lo más relevante que este comunitarismo católico se presenta como una

alternativa al liberalismo como modelo de organización societal y político.

El proyecto corporativista es la gran apuesta de parte del gobierno de Onganía para refundar la Argentina. En este esquema, el Ministerio de Bienestar Social, en particular la Secretaría de Promoción y Asistencia de la Comunidad es uno de los intentos más claros de moldear la sociedad comunitarista anhelada. Los individuos que planificaron e intentaron llevar adelante esto eran, como vimos, cuadros católicos de distintos perfiles.

Sin embargo, más allá de las diferencias ideológicas, políticas y de sociabilidad, estos grupos comparten una misma matriz de acción y concepción: se trata de la premisa de participar –y conducir– de lo público bajo la consigna de recristianizar la sociedad, restaurar todo en Cristo y penetrar con el catolicismo en toda la vida de la persona y de la sociedad. En este punto, el modelo del catolicismo integral todavía opera sobre estos sujetos, extendiendo sus influencias desde el tradicionalismo hasta las opciones contestatarias de izquierda.

7. BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA

- Alayón, Norberto. 2008. *Asistencia y asistencialismo: ¿pobres controlados o erradicación de la pobreza?* Editorial Humanitas. Buenos Aires.
- Altamirano, Carlos. 2001. *Bajo el signo de las masas*. Editorial Ariel. Buenos Aires.
- Anguita, Eduardo y Martín Caparrós. 1997. *La Voluntad*. Tomo I. Editorial Norma. Buenos Aires.
- Bidart, Claire. 2008. “Étudier les réseaux. Apports et perspectives pour les sciences sociales”. *Informations Sociales*, N° 147. Pp. 34-45.
- Bosca, Roberto. s/f. “El significado de un gesto”. En: <http://www.institutoacton.com.ar/articulos/rbosca/artbosca7.pdf>. Consultado el 02/11/2010.
- Clemente, Adriana (coord). 2010. *Necesidades sociales y programas alimentarios*. Espacio Editorial. Buenos Aires.
- De Riz, Liliana. 2000. *La política en suspenso*. Editorial Paidós. Buenos Aires.
- Di Stéfano, Roberto y Lori Zanatta. 2000. *Historia de la Iglesia argentina. Desde la Conquista hasta fines del siglo XX*, Editorial Mondadori. Buenos Aires.
- Donatello, Luis Miguel. 2011a. “Del antiliberalismo al neoliberalismo. Del nacionalismo al comunitarismo: los ‘cuadros’ católicos en la Argentina del siglo XX”, en Germán Pérez, Oscar Aelo y Gustavo Salerno (comp.), *Todo aquel fulgor*. Editorial Nueva Trilce. Buenos Aires. Pp. 281-291.
- Donatello, Luis Miguel. 2011b. “Catolicismo y elites en la Argentina del siglo XXI: Individualización y heterogeneidad”. En: *Estudios Sociológicos de El Colegio de México*, Volumen XXIX N°87, Septiembre-Diciembre. Pp. 833-856.
- Donatello, Luis Miguel. 2011c. “De la Action Française al peronismo. De Maurras a los templarios. Circulación de ideas entre Francia y Sudamérica en la postguerra”. En Mallimaci, Fortunato y Humberto Cucchetti (comp.): *Nacionalistas y nacionalismos. Debates y escenarios en América Latina y Europa*. Editorial Gorla. Buenos Aires. Pp. 143-158.
- Ferrer, Aldo. 1981. *Nacionalismo y orden constitucional*. Editorial Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.

- García Lupo, Rogelio. 1985. *Mercenarios y monopolios en la Argentina; de Onganía a Lanusse: 1966-1973*. Editorial Legasa. Buenos Aires.
- Ghio, José María. 2007. *La Iglesia Católica en la Política Argentina*. Editorial Prometeo. Buenos Aires.
- Giorgi, Guido. 2010. “Redes católicas y Estado en la ‘Revolución Argentina’”. En *Ciencias Sociales y Religión* Volumen 12, N°12. Pp. 53-78.
- Granovetter, Mark. 1973. “The strength of weak ties”. En *American Journal of Sociology*, Volumen 78, N°6. Pp 1360-1380.
- Mallimaci, Fortunato y Humberto Cucchetti (comp.). 2011. *Nacionalistas y nacionalismos. Debates y escenarios en América Latina y Europa*. Editorial Gorla. Buenos Aires.
- Mallimaci, Fortunato, Luis Miguel Donatello y Humberto Cucchetti. 2006. “Caminos sinuosos: nacionalismo y catolicismo en la Argentina Contemporánea”. En Francisco Colom y Angel Rivero (edit.), *El altar y el trono. Ensayos sobre el catolicismo político latinoamericano*. Editorial Antrophos/UniBiblos. Barcelona.
- Mallimaci, Fortunato. 1992. “El catolicismo argentino desde el liberalismo integral a la hegemonía militar”. En AAVV: *500 años de cristianismo en la Argentina*. Editorial CEHILA. Buenos Aires.
- Mallimaci, Fortunato. 2001. “Los diversos catolicismos en los orígenes de la experiencia peronista”. En Mallimaci, Fortunato y Roberto Di Stefano (comp.), *Religión e imaginario social*. Editorial Manantial. Buenos Aires.
- Mallimaci, Fortunato. 2011. “Católicos nacionalistas y nacionalistas católicos en la Argentina”. En Mallimaci, Fortunato y Humberto Cucchetti (comp.), *Nacionalistas y nacionalismos. Debates y escenarios en América Latina y Europa*. Editorial Gorla. Buenos Aires. Pp 135-142.
- Mazzei, Daniel. 1998. “Azules; perfil socio-profesional de la élite del Ejército, 1962-1973”. En *Revista de ciencias sociales*, N° 7-8. Pp. 227-251.
- Mazzei, Daniel. 2002. “La misión militar francesa en la escuela superior de Guerra y los orígenes de la Guerra Sucia”. En *Revista de Ciencias Sociales*, N° 13. Pp. 105-137.
- O'Donnell, Guillermo. 1972. “Un juego imposible: competición y coaliciones entre partidos políticos de Argentina entre 1955 y 1966”. En Guillermo O'Donnell, *Modernización y autoritarismo*. Editoria Paidós. Buenos Aires.
- O'Donnell, Guillermo. 1977. “Estado y Alianzas en la Argentina”. En *Desarrollo Económico* Volumen 16, N° 64, enero-marzo 1977. Pp. 523-554.
- O'Donnell, Guillermo. 1982. *El Estado Burocrático-Autoritario*. Editorial de Belgrano. Buenos Aires.
- Ollier, María Matilde. 2005. *Golpe o revolución*. Editorial UNTref. Buenos Aires.
- Portantiero, Juan Carlos. 1977. “Economía y política en la crisis argentina. 1958-1973”. En *Revista Mexicana de Sociología*, Volumen 39, N° 2. Pp. 301-340.
- Portantiero, Juan Carlos. 2005. *Crisis de las Ciencias Sociales de la Argentina en crisis*. Editorial Prometeo. Buenos Aires.
- Ranalletti, Mario. 2005. “La guerra de Argelia y la Argentina. Influencia e inmigración francesa desde 1945”. En *Anuario de Estudios Americanos*, Volumen 62, N° 2. Pp. 285-308.
- Ranalletti, Mario. 2010. “Aux origines du terrorisme d'État en Argentine Les influences françaises dans la formation des militaires argentins (1955-1976)”. En *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*. Volumen 1, N° 105. Pp. 45-56.

- Robin, Marie Monique. 2005. *Escuadrones de la Muerte. La escuela francesa*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires.
- Rodríguez, Laura Graciela y Barbarito, María. 2011. “Los católicos de derecha en los años sesenta. La experiencia ‘comunitarista’ en Pergamino (1966-1973)”. En Terceras Jornadas Nacionales De Historia. 11-13 de mayo de 2011. Córdoba, Argentina.
- Rouquie, Alain. 1981. *Poder militar y sociedad política en la Argentina II (1943-1973)*. Editorial Emecé. Buenos Aires.
- Scirica, Elena. 2006. “Ciudad Católica-Verbo: Discursos, redes y relaciones en pos de una apuesta [contra] revolucionaria”. En IV Jornadas Nacionales Espacio, Memoria e Identidad. Universidad Nacional de Rosario. 4-6 octubre.
- Scirica, Elena. 2007. “Educación y guerra contra-revolucionaria. Una propuesta de Ciudad Católica-Verbo”. En Clio&Asociados. La historia enseñada, N° 11. Pp. 119-140.
- Scirica, Elena. 2010. “Visión religiosa y acción política. El caso de Ciudad Católica – Verbo en la Argentina de los años sesenta”. En PROHAL Monográfico, Volumen 2, N°2. Pp. 26-56.
- Selsler, Gregorio. 1973. *El Onganiato*. Tomos I y II. Editorial Hyspamérica. Buenos Aires.
- Smulovitz, Catalina. 1991. “En busca de la fórmula perdida: Argentina, 1955-1966”. Desarrollo Económico, Volumen 31, N°121. Pp. 113-124.
- Smulovitz, Catalina. 1993. "La eficacia como crítica y utopía. Notas sobre la caída de Illia". En Desarrollo Económico, Volumen 33, N°131. Pp. 403-423.
- Taroncher, Miguel Ángel. 2006. “La conjura de los necios; los que derrocaron a Illia”. En Todo es historia, Año 39, N° 467. Pp. 6-22.
- Terán, Oscar. 1991. *Nuestros años '60*. Editorial Punto Sur. Buenos Aires.
- Tissot, Sylvie. 2004. “Les reconversions militantes”, en Tissot, Sylvie y otros (comp.), *Reconversions militantes*, Editorial PULIM, Limoges. Pp. 9-17.
- Verbitsky, Horacio. 2009. *Historia política de la iglesia católica*, Tomo II: La violencia evangelica. Editorial Sudamericana. Buenos Aires.
- Veronelli, Juan Carlos y Magalí Veronelli Correch. 2004. *Los orígenes institucionales de la salud pública en la Argentina*. Editado por OPS, representación argentina, Tomo II.
- Vicente, Martín. 2011. “¿Tú también, Bruto? Críticas liberales a un modelo liberal: el plan de Martínez de Hoz según Alsogaray, Benegas Lynch y García Belsunce en La Prensa (1976-1981)”. En Question, Volumen 1 N° 32. En: <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/view/1271>. Consultado el 09/12/2011.

8. FUENTES

- Acta De La Revolución Argentina. Boletín Oficial de la República Argentina, 28/06/1966.
- Boletín Oficial De La República Argentina, números varios.
- Gorostiaga, Mateo Roberto. 1977. *Cristianismo o Revolución. Para una restauración cristiana de la patria*. Editorial Icton. Buenos Aires.
- De Ímaz, José Luis. 1977. *Promediando los cuarenta*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires.
- Diario La Nación, números varios.
- Ministerio De Bienestar Social. 1967. *Síntesis estadística de las sociedades*. Dirección Nacional de Cooperativas, SEPAC, MBS. Buenos Aires.
- Ministerio De Bienestar Social. 1969. *El bienestar social como objetivo del desarrollo. Aproximación conceptual*. Buenos Aires: Secretaría de Prensa y Relaciones Públicas, MBS,

Colección Documentos de Trabajo /1.

- Movimiento De Cursos De Cristiandad. 1984. *Ideas fundamentales del Movimiento de Cursos de Cristiandad*. Editorial Claretiana. Buenos Aires.
- Movimiento De Cursos De Cristiandad De Argentina. s/n. “Los cursos en Argentina”. En: <http://www.argentinamcc.com.ar/historia/?c=arg>. Consultado el 15 de mayo de 2011.
- Presidencia De La Nación. 1968. *Revolución Argentina. Un año de gobierno*. s/d.
- Revista Primera Plana, números varios.
- Puigbó, Raúl. 1967. *El mutualismo y el desarrollo comunitario*, Secretaría de Estado de Promoción y Asistencia de la Comunidad. Buenos Aires.
- Puigbó, Raúl. 1975. *La evolución del desarrollo de la comunidad*. Instituto de Desarrollo Social y Promoción Humana. Buenos Aires.

* El presente artículo forma parte de una investigación más amplia sobre la presencia de redes socio-religiosas en la gestión de la política social en el Estado nacional argentino, con sede en el CEIL-CONICET. Una versión preliminar fue presentada en las XVI Jornadas sobre Alternativas Religiosas en América Latina, Punta del Este, noviembre de 2011. Debemos agradecer especialmente la generosidad de Roberto Bosca, quien además de comentar dicha ponencia, se brindó como interlocutor docto sobre el tema y actuó de intermediario para acceder a los testimonios de actores de esa época, cuyos nombres mantenemos en reserva. También agradecemos la lectura de Luis Donatello a versiones previas a este trabajo, y los valiosos comentarios críticos de dos anónimos evaluadores. Por supuesto, las afirmaciones que aquí realizamos son de nuestra responsabilidad.

** Becario doctoral del CONICET, programa Sociedad Cultura y Religión, CEIL. Docente Facultad de Ciencias Sociales y Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

*** Investigador Principal del CONICET, coordinador programa Sociedad Cultura y Religión, CEIL. Profesor Titular Facultad de Ciencias Sociales, UBA. Doctor en Sociología, École des Hautes Études en Sciences Sociales, Paris.

¹ No debe entenderse al dispositivo del catolicismo integral como un espacio homogéneo, sino como una herramienta conceptual que permite dar cuenta de un gran pluralidad de articulaciones político-religiosas que, más allá de sus disensiones, tendrá como elemento común un intento global de participación de lo público bajo la consigna de “recristianizar la Argentina, restaurar todo en Cristo, penetrar con el catolicismo en toda la vida de la persona y de la sociedad” (Mallimaci, 1992: 259; Mallimaci, Cucchetti y Donatello, 2006).

² No abordaremos un análisis de las políticas públicas más que lateralmente, mencionando las reformas de las estructuras del Estado y la propuesta de los actores acerca de las políticas sociales. Esto se debe a que nuestro interés radica en las redes de circulación y acceso a posiciones de poder estatal de cuadros católicos.

³ Por red entendemos un conjunto particular de relaciones sociales –dentro del entramado de relaciones sociales en las que están insertos los individuos– de carácter más o menos estables –es decir, que trascienden la mera interacción–, que delimitan circuitos de intercambio de recursos individuales y colectivos entre sus participantes (Bidart, 2008) y de circulación de individuos. La participación en una red orienta la trayectoria individual de varias maneras: afecta el flujo de información (obstaculizándola, transmitiéndola, legitimándola); genera y sostiene la confianza; y es fuente de castigos y recompensas interpersonales (Granovetter, 1973). También, provee máximas de acción mediante ejemplos y consejos; ofrece potenciales recursos individuales y colectivos; y presenta delimitaciones a la acción (Bidart, 2008: 42). Ahora bien, la integración de un individuo a una red no puede reducirse a la interacción cara a cara, sino que frecuentemente existen factores de cohesión más profundos; en nuestro caso, una cosmovisión religiosas –católica– cumple en gran parte ese rol. Por último, un estudio de redes emprendido a partir de un análisis de trayectorias nos permite construir cartografías sociales dinámicas (Bidart, 2008: 36); dar cuenta de la forma en que los vínculos sociales estructuran ventanas de oportunidad, y seguir los derroteros de reconversión de los individuos en diversos espacios (cf. Tissot, 2004). Los individuos tienen múltiples pertenencias a redes, círculos o espacios de sociabilidad. En este entramado de pequeños mundos sociales entrelazados, el investigador debe recortar la(s) red(es) pertinente(s) para su estudio a partir de las preguntas que guían el trabajo (Bidart, 2008). En nuestro caso, las redes sociales con un horizonte de sentido católico que hayan tenido miembros ocupando altos cargos en el Estado nacional en el gobierno de facto instaurado en junio de 1966.

⁴ De la misma manera, las ciencias sociales no tomaban a la democracia como objeto de estudios, como sí lo será en la década de 1980, respondiendo a las transiciones democráticas de la región (cf. Portantiero, 2005)

⁵ Además de prestigioso economista y primer Secretario de CLACSO, defensor del “crecer con lo nuestro” y el mercado interno, Aldo Ferrer ha sido ministro Economía del gobierno de Levingston (1970-1971), segunda fase de la Revolución Argentina, que sucedió al gobierno de Onganía. También fue funcionario público de los gobiernos de Raúl Alfonsín, Fernando de la Rúa y Cristina Fernández de Kirchner.

⁶ En 1962 tiene lugar un conflicto armado conocido como *Azules* y *Colorados*, en el que dos fracciones del Ejército Argentino lucharán por imponer la tutela sobre el gobierno y delinear la política nacional. En un contexto de proscripción del peronismo, el bando Azul (comandado entonces por el Gral. Onganía) era proclive a permitir una limitada actividad política de algunos dirigentes justicialistas, con el doble fin de lograr la normalización institucional y detener la radicalización de los grupos de “extrema izquierda”. Por su parte, los Colorados abogaban por aniquilar completamente al movimiento peronista. Este conflicto, que tendrá coletazos en 1963, se cierra con el triunfo del Bando Azul, lo que significa un recambio generacional en la conducción de las Fuerzas Armadas y el desplazamiento de los sectores más recalcitrantes frente al peronismo (Portantiero, 1977).

⁷ La noción de profesionalismo militar sostenía que estos no debían involucrarse en política ni participar en asuntos por fuera de su saber experto, el arte de la guerra. Por supuesto, entre la enunciación de este principio y su observación por parte de casi la totalidad de la oficialidad de las fuerzas armadas argentinas durante el siglo XX, hay una distancia significativa. En el caso de la élite militar que emerge del conflicto de 1962-63, y que conducirá a las Fuerzas Armadas hasta al menos 1973, uno de grandes éxitos fue restaurar la estabilidad institucional dentro de las fuerzas, restableciendo la disciplina y la verticalidad (Mazzei, 1998). Básicamente, esto conllevó una –declamada– ética profesionalista de no involucramiento en lo militar: en este imaginario, los golpes de Estado se justificaron en la Seguridad –interna y externa–, temática legitimada como propiamente militar.

⁸ En el anterior gobierno militar, conducido por Aramburu (1955-1958), seis de los treinta y tres ministros eran militares de carrera, y cinco de ellos ocuparon, posteriormente, cargos en el Parlamento nacional.

⁹ En otro lugar ya hemos estudiado las redes de cuadros católicos modernizadores (Cf. Giorgi, 2010). A este respecto nos referiremos brevemente cuando hablemos sobre Raúl Puigbó, hacia el final de la sección 4. de este artículo.

¹⁰ Véase nota al pie nº42.

¹¹ Ver Acta De La Revolución Argentina. Boletín Oficial de la República Argentina, 28/06/1966.

¹² Véase diario La Nación, edición del 30/6/1966, tapa.

¹³ Véase diario La Nación, edición del 22-9-66, “Cinco Ministerios tendrá el Gabinete”, tapa.

¹⁴ El Ministerio de Asistencia Social y Salud Pública de la Nación había sido creado en julio de 1954 por la Ley 14.303. Concentraba las funciones del Ministerio de Salud, hasta ese momento a cargo de Ramón Carrillo, y las competencias en políticas socioasistenciales, formalmente responsabilidad de la DINAS pero delegadas en la Fundación Eva Perón.

¹⁵ Tras cinco años de la más cruenta dictadura argentina, a comienzos de 1981 Jorge Rafael Videla deja la presidencia de facto a manos de Roberto Viola, quien introduce una reforma al esquema de gabinete. Se pasa de ocho a trece ministerios, desdoblándose el MBS en un Ministerio de Salud y otro de Acción Social. Entre sus siete subsecretarías (no existe el nivel secretaría) se encuentran, seguridad social, vivienda y promoción social.

¹⁶ La teoría de la conspiración puede ser pertinente para registro ensayístico o periodístico (tal es el caso de García Lupo), pero debe ser puesta en cuestión para el análisis científico. En este sentido, el error no es de García Lupo, sino de aquellos que reprodujeron su tesis sin realizar antes una crítica de fuentes. Así, se ha sostenido que la Revolución Argentina actuó como “partido católico” (Di Stefano y Zanatta, 2000: 517).

¹⁷ La metodología de los Cursillos consta de tres etapas: a) Precursillo, en los que se realiza la búsqueda y la selección de los candidatos, y su preparación; b) el Cursillo en sí mismo, un retiro espiritual de tres días, dirigido por laicos o religiosos, para vivir “profunda y comunitariamente de la Iglesia-Sacramento de la Salvación”; y c) el Poscursillo, que consiste en la participación de Grupos de Cristiandad “comunidad vital y existencia que nace de una común unidad por la fe en Cristo Jesús”, cuya principal actividad son reuniones de grupos, “instrumentos de perseverancia y crecimiento en la vida cristiana” (Movimiento de Cursillos de Cristiandad, 1984).

¹⁸ Los Cursillos tendrán un creciente rol como soporte central de sociabilidades religiosas, en los mismos términos en que lo hemos señalado más arriba pero con mayor extensión. Este caso es interesante para pensar la generación capilar de la legitimidad, vehiculizada a partir de vínculos interpersonales de tipo religioso. La participación en los

Cursillos suponía la adhesión a una intensa ética cristiana que generaba confianza. Esto sirvió de base para la movilización de solidaridad para la actuación pública de Cursillistas, y la generación de un clima cotidiano propicio. La cara más política y militar será el apoyo de todo este entramado católico al golpe del 24 de marzo de 1976. Sobre esto, queda mucho por investigar.

¹⁹ Las investigaciones más profundas sobre Ciudad Católica y Verbo en la Argentina han sido realizadas por Elena Scirica (2006, 2007, 2010). Aunque no forma parte central de su objeto de estudio, también Ranaletti (2005, 2010) trata sobre estas redes del tradicionalismo católico, en particular en su cruce con las relaciones entre militares franceses y argentinos. A este respecto están los trabajos de Daniel Mazzei (2002), aunque sin tocar el componente religioso de esas redes. Finalmente, el trabajo de Marie Monique Robin (2005) de manera lateral da un tratamiento periodístico pero riguroso al tema.

²⁰ Creados en 1922, los Cursos de Cultura Católica son parte de la renovación y pasaje a la ofensiva del catolicismo argentino. Estaban orientados a la formación intelectual de dirigentes a partir de una matriz católica integral. Sus adherentes eran en su mayoría hombres de familias tradicionales de Buenos Aires y del interior. Las características centrales de este grupo son el antiliberalismo, la no conciliación con “el mundo”, cierta propensión al autoritarismo y al militarismo, y dada la extracción social de sus adherentes, un virtuosismo de las elites (Mallimaci, 1992)

²¹ Ver <http://www.ateneodelarepublica.com/2009/05/historia-del-ateneo.html>.

²² Mario Amadeo (1911-1983) es una de los principales animadores del nacionalismo católico de la Argentina entre las décadas de 1930 y 1980. Abogado (UBA) y Filósofo (Colegio Angélico, Roma), especializado en diplomacia, se formó en los Cursos de Cultura Católica donde se convirtió en un exponente del católico integral, fue uno de los fundadores de la Juventud de la Acción Católica. También, allí formó un grupo de amistades que sería muy activo políticamente, en particular en los golpes de Estado de 1955 y 1966. Desarrolló una larga y destacada carrera diplomática, siendo embajador en numerosas oportunidades, Secretario de Relaciones Exteriores (1944-45), Ministro de Relaciones Exteriores del gobierno que derrocó a Juan Domingo Perón (1955), embajador ante la ONU (1958-62). Colaboró con numerosas publicaciones nacionalistas, como Azul y Blanco, Sol y Luna entre otros. A fines de la década de 1960, junto a su yerno Cosme Beccar Varela y otros fundan la filial argentina de Tradición, Familia y Propiedad (TFP), aunque Amadeo está ya alejado de las intransigentes posiciones nacionalistas y católicas que van a blandir los miembros de TFP, quienes acusarán a los ateneístas (Amadeo incluido) de traidores en el libro El Nacionalismo, una incógnita en constante evolución (1970)

²³ ICANA funciona desde 1927 con el propósito de “promover el intercambio cultural educativo entre los pueblos de Argentina y Estados Unidos”. Si bien sus principales actividades son del tipo educativas, tiene a su cargo la asignación de las becas en el marco del Programa *Eisenhower Fellowship*, una red de especialistas en liderazgo. Desde 1959, ICANA selecciona anualmente a un individuo para que realice un programa personalizado de desarrollo profesional y de liderazgo en los Estados Unidos. Convertirse en *fellow* implica entrar en un circuito exclusivo de contactos. Entre las cuarenta y ocho personas que llegaron a ser *fellows*, encontramos nueve ministros nacionales, varios altos funcionarios, así como embajadores, periodistas, gerentes de bancos y empresas.

²⁴ Solo en apariencia es paradójico que individuos cercanos al nacionalismo circulen por instituciones norteamericanas; por el contrario, esto demuestra la fluidez de las fronteras entre grupos, a la vez que remite a la necesidad de indagar otros tipos de criterios de asociación, no solamente el ideológico.

²⁵ De acuerdo a Marc Granovetter (1973), podríamos caracterizarlos como vínculos débiles.

²⁶ Respecto a la imposibilidad de hablar de Nacionalismo, sino de nacionalismos, ver Mallimaci, Cucchetti, 2011

²⁷ Lo mismo debería tenerse en cuenta al analizar el universo del liberalismo, como bien sugiere el trabajo de Martín Vicente para la última dictadura militar (1976-1983) (Vicente, 2011).

²⁸ Todo indica que el papel del Opus Dei en el gobierno de Onganía no fue significativo.

²⁹ La revista *Roma* es un emprendimiento que impulsa Roberto Gorostiaga en 1967 cuando, al dejar la SEPAC, sea también desplazado de la Ciudad Católica y de Verbo. Definida como una “revista de la tradición católica”, su director será el noble húngaro Andrés de Asboth, seguidor de Lefebvre.

³⁰ Véase diario La Nación, edición del 13/10/1966, tapa, y p. 20.

³¹ Alsogaray fue Ministro de Industria (1955-56), de Trabajo y Seguridad (1959-60), y de Economía (1960-61 y 62).

³² Véase diario La Nación, edición del 1/4/67, “Expresiones Presidenciales”, p.6.

³³ El Cordobazo fue una rebelión popular que tuvo lugar en la Ciudad de Córdoba el 29 de mayo de 1969, liderada por los gremios de tendencia clasista de las industrias automotrices de dicha ciudad, junto a sectores estudiantiles.

³⁴ De la Secretaría de Vivienda dependía el Banco Hipotecario Nacional, que concentraba un importante presupuesto para obra pública.

³⁵ Véase diario La Nación, edición del 4/1/1967, p. 16.

³⁶ Véase revista Primera Plana, edición del 25/4/1967.

³⁷ Véase revista Primera Plana, edición del 27/8/1967.

³⁸ Véase diario La Nación, edición del 5/1/1967, p. 16.

³⁹ Carlos Alberto Sacheri (1933-1974) fue un filósofo tomista, y es una de las figuras más relevantes del nacionalismo católico tradicionalista de fines de la década de 1960 y principios de 1970. Desde joven, militó en la Acción Católica Argentina, y participó de los cursos de Tomismo del padre Julio Meinvielle. Estudió filosofía en la UBA y luego un doctorado en Canadá, a cuya vuelta en 1967 se hizo cargo de la Ciudad Católica. Al mismo tiempo, tuvo una destacada trayectoria académica: miembro del CONICET, docente de la UCA y de la UBA, donde tuvo cargos de gestión en la Facultad de Derecho en 1974. Su pensamiento giraba en torno al rechazo al Concilio Vaticano II, la denuncia feroz contra la “infiltración marxista” expresada en la Teología de la Liberación, y un ideal tradicionalista. Fue asesinado en 1974 en un operativo del *ERP-22 de agosto*, que también asesinaría a otro intelectual del nacionalismo católico tradicionalista, Jordán Bruno Genta.

⁴⁰ Véase nota al pie n°6.

⁴¹ Desde fines de la década de 1950 se difunde el modelo de Desarrollo de las comunidades, el cual sostendrá la centralidad de la intervención comunitaria como forma de lograr la promoción (frente al asistencialismo puro) (Alayon 2008). Esto ha sido denominado Modelo de intervención de Asistencia y Promoción (Ana Arias, en Clemente, 2010). De esta manera, la idea de comunidad como población-objeto de las políticas socio-asistenciales se impone como producto teórico para pensar la pobreza y la exclusión. Este modelo era promocionado desde las ONU a través de las misiones a los países miembros, los manuales de Caroline Ware, el impulso de una nueva forma del trabajo social frente a formas más tradicionales de la asistencia social, etc. Este modelo de política pública debe haber tenido un fuerte peso a la hora de crear la SEPAC. Pero como vimos, los cuadros que se hacen cargo no provienen del trabajo social ni de las redes internacionalizadas de la ONU. Entonces, queda pendiente esta pregunta.

⁴² Aquí debemos dejar de lado el otro gran intento de moldear una sociedad de corte comunitarista durante la dictadura de Onganía, impulsada por la Secretaría de Gobierno, a cargo del ateneísta Mario Díaz Colodrero, dentro del Ministerio del Interior, a cargo de otro ateneísta, Guillermo Borda. La SEPAC estaba abocada a crear mecanismos *sociales* de funcionamiento comunitario, mientras que la Secretaría de Gobierno intentó organizar un comunitarismo *político*, esto generar mecanismos de representación *políticas* no partidarias ni liberales: la base debía ser el municipio. Véase al respecto la experiencia comunitarista en un municipio de Buenos Aires, caso celebrado y apoyado efusivamente por miembros de la Ciudad Católica desde las páginas de la revista Verbo (Rodríguez y Barbarito, 2011). Esta experiencia es brevemente narrada por uno de los sociólogos argentinos más importantes, José Luis de Ímaz, que participó en calidad de asesor diseñando un proyecto de apertura del Gobierno militar a la participación de la población, de corte comunitarista, y no político-partidaria (liberal). Entre fines de 1968 y mayo de 1969, de Ímaz elabora el nuevo proyecto participacionista, denominado “Directiva de Participación”. Esta: “se limitaba al ámbito municipal, y proponía la creación de consejos comunales y comisiones asesoras, designadas por los intendentes a propuesta de los diversos actores sociales municipales” (de Ímaz, 1977: 209-214). El Cordobazo, rebelión popular en mayo de 1969, derivó en la renuncia de todo el gabinete y el fin de estos proyectos. En interesante notar que de Ímaz conocía al ya mencionado Puigbó, de la militancia antiperonista en 1954-55 y de la docencia en la Facultad de Ciencia Política y Social (USAL) en el primer quinquenio de la década de 1960.

⁴³ Pio X fue Papa de la Iglesia Católica entre 1903 y 1914. Es el único papa hecho santo durante el siglo XX. En su honor, en 1970 Marcel Lefebvre funda la Hermandad Sacerdotal San Pío X, de corte tradicionalista. Esta será la referencia institucional del tradicionalismo lefebvrista dentro del catolicismo, que sostendrá una fuerte crítica hacia el Concilio Vaticano II, cuestionando la autoridad del Papa. Esto le valdrá la acusación de cismática y la excomunión de varios de sus miembros en el recordado incidente de 1988.

⁴⁴ Por ejemplo, el comunitarismo propuesto por Jaime María de Mahieu en un libro varias veces editado en la década de 1960: *El Estado Comunitario*. A este respecto, ver Donatello, 2011c.

⁴⁵ Véase diario La Nación, edición del 1/4/1967, tapa.